HUGH STEPHENS LIBRARY
F2230.1.F6 M83
Leyendas guaraníes.
3 7000 0009 6314 7

STEPHENS COLLEGE
DISCARD
CLASS [redacted]
BOOK [redacted]
LIBRARY

NEW METHOD
BOOK BINDERY INC.

LEYENDAS GUARANÍES

OBRAS DE ERNESTO MORALES

Serenamente ..... Poesías (Agotado)

Diafanidad ..... „ „

Un pueblito y su poeta .... „ „

Erase una vez ..... Cuentos „

Cuentos a Coca ..... „

El sentimiento popular en la literatura argentina ..... „

Leyendas guaraníes (Nueva edición).. En venta

Leyendas de Indias ..... „

Estudios incaicos ..... „

Las enseñanzas de Pacaric ..... „

Lírica popular rioplatense (Antología gaucha) ..... En venta

ERNESTO MORALES

LEYENDAS GUARANÍES

NUEVA EDICIÓN

Portada de Macaya
Ilustraciones de Ret Sellawaj

"EL ATENEO"
Librería Científica y Literaria
FLORIDA 371 — CORDOBA 2099
BUENOS AIRES
1929

Hecho el depósito
que marca la ley.
Es propiedad.

STEPHENS COLLEGE
COLUMBIA, MO.

INTRODUCCION

43907

SUGESTIONES DEL FOLKLORE

Si el estudio de las literaturas comparadas provoca fecundas sugestiones, el de la literatura anónima, folklórica, despierta sugestiones trascendentales. La literatura culta siempre es más singular, expresa las tribulaciones de un alma, de un alma escogida, ayudada por una mente no común. Pese a todo lo que pudiera haber de colaboción anónima en los poemas de Homero o en el de Goethe, más en aquellos que en éste, un Fausto *es una expresión personal, un caso difícil de repetirse.*

La literatura folklórica es la expresión del alma popular, y si así no es, muere. Si una copla o una leyenda se perpetúan, no es por la belleza con que fueron expresadas, sino porque su alma halló eco simpático en

el alma de todos, es decir, es la expresión de esta alma. De ella salió y a ella vuelve, como el agua del río que se hace nube y vuelve al río en forma de lluvia. Por ello, el estudio comparativo de la literatura folklórica, provoca más intensas e interesantes sugestiones. Su estudio entronca con los más grandes problemas de la humanidad: tiene raíz religiosa.

Esta literatura a veces anda dispersa, desgarrada por la tradición oral, abrillantándose o apagándose según la mayor o menor fantasía de los narradores, hasta que cristaliza en manos de un hombre con vocación literaria. Se perfecciona, pasa al acervo de la literatura culta y hace una gloria: ¿Esopo, hasta dónde es el creador de sus fábulas? Perrault no inventó su personaje de la Cenicienta. *Según el etnógrafo Van Gennep, existen cuatrocientas variantes de este cuento, en todas las épocas y países. El* Polifemo, *el gigante antropófago de la* Odisea, *no es creación de Homero tampoco, aunque sin él quizás se hubiese perdido.*

Pero no hay que dar demasiada impor-

tancia a estas cosas. Porque en los Nibelungos o en los Eddas o en Las mil noches y una noche, *o en el Romancero, anónimos, hallamos figuras de más saliente personalidad y perfil más fuertemente dibujado que el* Polifemo *o la* Cenicienta. *Y lo importante es que estén allí, perpetuándose al través de las generaciones, dando su lección de belleza y heroísmo.*

Se ha afirmado que el arte es un lujo: afirmación equivocada. El arte, en su prístina forma folklórica, es una necesidad. El verso, en las sociedades primitivas, aparece confundido con los ritos religiosos. Las leyendas sirven para dar cohesión a los elementos aun no fusionados de la sociedad naciente. El mito llega para encender las imaginaciones con el fuego sagrado del heroísmo. El valor utilitario — dando a esta palabra su más noble sentido — de la literatura folklórica — versos, mitos y leyendas — es evidente. Su intención es ejemplificadora, y, como tal, armonizadora de las pasiones, bárbaras aún, revueltas en el caos de una ética no definida. La literatura folk-

lórica aparece entonces como el más poderoso elemento de civilización.

Seguramente, la leyenda del caí *(macaco de las selvas del nordeste argentino), existía antes de la llegada de los españoles. Los misioneros cristianos valiéronse de ella para enseñar a los indios el respeto a la Virgen* (Tupá-çî), *su poder y la obligación que se tiene de dar a quien pide. He aquí la leyenda: La Virgen y su niño caminaban por la selva, cansados y sedientos. Llegaron al pie de un* guabirá *donde un bullicioso puñado de niños comían de sus dulces frutos. La Virgen les pidió para el suyo, pero los chicos, burlándose de ellos, les tiraron las cáscaras. Se vieron castigados al quedar convertidos en* caís.

La boscosa laguna Iberá se hallaba convertida en un refugio terrible de yaguaretés, yacarés, *boas y víboras. Para impedir que se acercasen a ella y pudieran ser víctimas de las feroces alimañas, algún fantasista taumaturgo guaraní inventó el enano* I-Yara *(Dueño de las Aguas). Este, convertido en un rosado flamenco, se acercaba*

a las doncellas, raptábalas, y se las llevaba al interior de la laguna de donde no salían más.

Las leyendas del caráu *o del* crispín, *en sus innúmeras variantes, según puede verse en el documentado, interesantísimo estudio del doctor Lehmann-Nitsche,* Las tres aves gritonas; *(la otra es el* kacuí*), no tienen otro propósito que fustigar la exagerada pasión por el baile. El* caráu *fué una joven a la que, durante una danza, se le avisó que la madre se moría. Ella siguió bailando. Al regresar a su rancho halló a la madre muerta. El dolor y el remordimiento fueron tan grandes que, trasformándose en un pajarito, comenzó a gritar lastimeramente, y fué el* caráu. *Al* crispín, *cuyo grito es igualmente impresionante, se le atribuye un origen parecido, aunque ahora es la mujer de un hombre al que han herido de una puñalada la que sigue bailando, insensible a la noticia, enloquecida por la pasión de la danza, para después llorar, remordida por el dolor.*

A veces, una leyenda tiene fines más am-

biciosos. Se eleva sobre los seres humanos, explica las potencias desconocidas, se remonta al origen del mundo o se proyecta más allá de la muerte; familiariza al hombre con los fenómenos de la naturaleza (trueno, rayo, arco iris, ciclones, volcanes); crea personajes míticos, dioses; se anubarra de terror o se aureola de esperanza; entra en los dominios del misterio, adquiere espíritu religioso: Las bilinas *rusas, las* jatakas *hindúes, la mitología grecolatina, por ejemplo...*

La literatura anónima — picaresca, generalmente —, cuyo único fin es el de distraer, sólo aparece después que una sociedad tiene muchos siglos de existencia y ya han comenzado a fermentar elementos de disgregación.

La leyenda de los Cárpatos, El Caraimán, *que nos ha trasmitido graciosamente la poetisa rumana Carmen Sylva, explica la forma de un monte, ya que un capricho de la naturaleza quiso que éste tuviera la de una cornamusa.*

El Caraimán *era un gigante que vagaba*

solitario tocando su cornamusa. Con ésta obtenía todo. Se le ocurrió crear niños para su deleite y tocó una melodía dulce... El Caraimán *vivió feliz entre sus criaturas, pero por poco tiempo. Los niños se hicieron hombres; el egoísmo, el odio, la envidia nació en ellos; lucharon entre sí, se robaron, se asesinaron... Por último, volviéronse contra el gigante* Caraimán, *pero éste los venció a ellos y a los animales feroces que azuzaron contra él. No cejaron los hombres, y aprovechando el sueño del* Caraimán, *intentaron robarle la cornamusa; pero éste dormía con ella bien apretada bajo su brazo. Entonces la agujerearon para destruírsela. Por el agujero salió un ciclón que, arrasándolo todo, casas, hombres, animales, quitó la vida de sobre el haz de la tierra en esa región. Tampoco despertó más el gigante. La cornamusa era su espíritu, y al romperse ella, quedó él para siempre tendido, trasformado en roca y con su cornamusa, de roca también, debajo del brazo.*

¿Qué indio quichua, gran poeta, sorprendido ante la belleza del arco iris, ex-

tendiéndose por las cumbres de los Andes, imaginó la leyenda de Pachac Coillatica? Pachac Coillatica — *el arco iris — es un joven y alegre hijo del* Inti — *el* Sol —. *Su vista lleva alegría al espíritu del indio que contempla aparecer, radiante en sus siete colores, cada uno de los cuales simboliza algo hermoso, bueno y grande: El violeta: la memoria de los Incas; el índigo: la coca que da vigor; el azul: el recuerdo de los seres queridos; el verde: la juventud que tiene el color de los bosques en primavera; el amarillo: el maíz, del cual se saca el pan y la* chicha; *el rojo: la sangre, la alegría vital; y el anaranjado: el* Inti *(el Sol) y* Mama Quilla *(la Luna).*

No menos rica en concepción fantástica es la leyenda de Huayrapuca — *madre de los vientos —, perteneciente a la teogonía de los diaguitas del noroeste argentino.* Huayrapuca, *como una diosa de la mitología escandinava o griega, está personificada en una hermosa mujer de larga cabellera y la rodea un halo de potente luz. Sus hijos son el viento Norte, el Pampero, el Sureste,*

el Cerrillero y el Shulco (remolino). Como a madre de tan poderosos hijos se la teme. En la creación del universo, Huayrapuca luchó con el Nublado, gigante maligno, al que venció, libertando a Mama Quilla y al Inti. A ella se debe, entonces, que éstos puedan regalar a los hombres el beneficio de su luz.

Entre los araucanos, cabe citar los mitos del Meulen y del Cherrufe. En el por muchos conceptos notable libro de Ricardo E. Latcham, La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos, vienen ampliamente descriptos. El Meulen es el torbellino. Los vientos, en la región andina, son caprichosos; mal podían los araucanos saber las causas atmosféricas de estos aparentes caprichos, y los atribuyen a un espíritu, el Meulen, que se ocupaba de arremolinar los vientos. "Es un ente superior y benéfico, a quien invocan en sus machitunes y curas supersticiosas para que venga a librar al enfermo del hechizo".

El Cherrufe es el aerolito, y para los araucanos era un alma que volvía a la tierra.

Dice Guevara (1): "Cherrufe *llaman a un genio ígneo, origen de los cometas y más comúnmente de los grandes bólidos que suelen dejar en el espacio una ancha huella luminosa. Aterra a los indios este meteoro cuando toma la dirección de sus* low *o rancherías, pues abrigan el convencimiento de que es precursor de pestes, muertes o ruinas. A un* cherrufe *pequeño, a un simple aerolito, le llaman* huiyuche, *hombre o ser encendido".*

Para las sociedades en formación, la leyenda o el mito tienen la importancia que la ley tiene para las sociedades ya constituídas. Son un freno de las pasiones, un regulador de los instintos. Amenazan y premian. Forman alrededor de los hombres un mundo de fuerzas invisibles, malignas o benéficas, y del triunfo de unas o de otras resultará el mal o el bien para la vida de ellos. La literatura legendaria constituye la célula en torno a la cual se levantará el culto de una religión. "Las fórmulas *sagra-*

(1) *Enseñanza de los araucanos,* por Tomás Guevara.

das de los querokees *y de los* hupa *(América del Norte), la leyenda de los esquimales, etcétera, les permiten emprender cazas, guerras fructuosas, obtener buenas cosechas"— dice Van Gennep. Su valor, como se ve, no es sólo espiritual. La vida diaria, cruel, llena de privaciones y riesgos de los hombres primitivos, recibe su beneficio inmediato: tiende a cohesionar, dándoles forma y estabilidad a las costumbres. Lo que ahora vemos en los australianos y esquimales, aun semibárbaros, fué lo que constituyó el comienzo de las civilizaciones egipcias, hindúes, asirio-babilonias o griegas... Y así, en los pueblos agricultores, la mayoría de sus leyendas está constituída por tradiciones que explican el curso de los astros o hacen la apología de tal o cual árbol o planta. En los pueblos cazadores, sus leyendas explican costumbres de animales, su ferocidad o mansedumbre, la invención de armas, la astucia o el valor de los pasados héroes, la exaltación del animal sagrado al que se atribuye el origen totémico de la tribu...*

Hay una leyenda china que enseña la

concordia, y otra hindú que predica la prudencia, cualidades imprescindibles de inculcar a los pueblos en formación. Sin concordia son fácil presa de los vecinos. La ambición lleva al desorden, es decir, a la muerte del organismo recién nacido del desorden.

Dice la leyenda china: Tres hermanos vivían juntos y en paz; pero la esposa del menor de los hermanos azuzó a éste contra el mayor, que era quien administraba los bienes comunes. Y decidieron separarse. Tripartieron las haciendas equitativamente; pero en el centro de la casa florecía una hermosa magnolia. ¿Quién se quedaría con ella? Decidieron cortarla y tripartírsela también. Tomada esta resolución dolorosa, invitaron a los parientes y amigos a un banquete con el fin de separarse en medio de la alegría. Llegado este momento, viéronse sorprendidos: la magnolia amaneció seca. Los hermanos se lamentaban, y el mayor, haciéndose voz del sentir de los tres, dijo: "No siento sólo tu muerte, ¡oh, magnolia! Pienso que somos tres hermanos que, jun-

tos, constituíamos como tú un árbol, y que al separarnos, como tú, moriremos. Confucio ha dicho: "El árbol se parece al hombre". Al oirle, los otros hermanos, trémulos de emoción, se abrazaron, jurando no separarse nunca. Y cuando llegaron los invitados, anunciáronle la buena nueva: permanecerían, ahora para siempre, fraternalmente unidos. Y entonces se realizó el prodigio: la magnolia seca volvió a reverdecer, echar flores y adquirir la hermosura de antes.

Dice la leyenda hindú: Dos pastores, Achmet y Nashid, se encontraban sedientos. Ante sus amargas quejas, apareció un genio, el que les prometió concederles lo que pidieran. El prudente y humilde Achmet pidió que un arroyuelo corriese por sus tierras sin secarse nunca. El genio se lo concedió. El imprudente y ambicioso Nashid pidió que el río Ganges con todos sus peces corriera por las suyas. El genio se lo concedió. Hizo una seña, y el caudaloso Ganges, desviando su antiguo curso, precipitó sus potentes olas sobre las tierras del

imprudente ambicioso, arrasando plantíos y chozas, ahogando sus animales, y al propio Nashid. Esto ocurrió hace siglos, cuando los genios se aparecían a los hombres; pero todavía los campesinos hindúes de hoy enseñan al extranjero el lugar donde estaban las tierras de Nashid, por las que el Ganges corre tumultuoso y el de las de Achmet, aun verdes, porque al llegar a ellas el río se desvía y, suavemente, va a arrojarse al océano.

La idea de la metamorfosis es común a las leyendas populares de las regiones más apartadas. Casi diríamos que es su recurso predilecto. Animal, árbol o piedra que hiriesen la fantasía de algún imaginativo anónimo, que es como decir de un artista anónimo, halló en éste su origen milagroso. Las mitologías grecorromana y escandinava son riquísimos veneros de metamorfosis. El mismo Júpiter no desdeñaba trasformarse en cisne para conseguir un amor no logrado. En Flandes y Provenza, donde innúmeras leyendas populares expli-

can el origen de animales o árboles, se repite el principio de la metamorfosis, ya sea para castigo del malo o premio del bueno que sufre en forma humana. Lafcadio Hearn, que con zahorí pupila de estudioso y cálida mano de artista, nos ha revelado el alma enigmática del Extremo Oriente, reproduce leyendas japonesas y chinas donde la idea de la metamorfosis constituye la médula de su poesía.

No escapan a este recurso las leyendas argentinas, las que hemos heredado de los aborígenes, o las que el español, en su tarea de evangelizar creó, modificando, las leyendas autóctonas. Desde los onas de la Tierra del Fuego hasta los diaguitas del noroeste, se escalona una serie pintoresca de leyendas populares. En casi todas, la metamorfosis nos explica con simplicidad el origen de lo fantástico, y, al parecer, inexplicable. Después el gaucho vendría a sumar a esta serie de leyendas la del cantor Santos Vega, mito que contiende payando con el mismo Demonio, metamorfoseado en estupendo payador.

Ejemplificando, podríamos comprobar que en otros pueblos indígenas de América, no ya sólo en aquellos de civilización orgánica como los incas del Perú o los aztecas de México, sino los constituídos en tribus más o menos nómades, también poseyeron leyendas en las que la idea de la metamorfosis proyecta más allá de la vida la existencia de los seres. Hay una leyenda caribe en la cual Kalinago, caudillo victorioso, es embriagado por sus hijos — a manera del Noé bíblico — y muerto, a fin de sucederle. Pero el corazón del asesinado, metamorfoséase en un monstruo marino y comienza a asolar las costas, llevando la muerte o el terror a sus asesinos.

Una leyenda de los pieles rojas del Norte, explica el origen del maíz como brotado del cuerpo de un mensajero celeste, enviado por el Gran Espíritu para luchar con Hunzh, el héroe virtuoso.

El maíz, para algunas tribus de la Argentina, era lo que la mandioca para las del Brasil: el pan y el vino. Y también lo que les unía a la tierra madre, salva-

guardándolos del azar de la caza. Explican su origen como que el primer tubérculo de mandioca fuese el cuerpo de un niño que concibiera sin pecado la hija de un cacique. Muerto este hijo de una mortal y de la divinidad, se le enterró. De él nació la mandioca.

Creencia popular, también en las tribus del Brasil y aun en el actual campesino, es la del lobishómem, *o sea el hombre metamorfoseado en lobo. En América no hay lobos; como se ve, entonces, el origen de esta creencia es europeo. Corresponde a la del* runa-uturunco *de las provincias calchaquíes de la Argentina, o sea el hombre metamorfoseado en tigre, temporariamente y como cumpliendo un sino fatal.*

Entre los tehuelches de la Patagonia, existe la leyenda de El-Lal, *mensajero divino, enviado para beneficiar a los hombres y enseñarles el uso del arco y la flecha.* El-Lal, *en su lucha contra fieras, gigantes y elementos coligados, se metamorfosea continuamente: vence al feroz* Nosjthej, *trasformándose en tábano e introduciéndose*

por su boca abierta mientras dormía, para picarlo en el estómago. Él también, al fin, desaparece de la tierra metamorfoseándose en ave.

Los guaraníes son quienes nos proporcionan el mayor número y las mejores leyendas donde la metamorfosis obra milagrosamente. Porque a más de la imaginación aborigen, las regiones del litoral argentino se enriquecieron con la imaginación misionera.

He aquí cómo se explica el origen del chahän *(chajá criollo):* Tupá-çî *andaba con su Niño* (Tupá-mitango). *En su peregrinaje, llegó hasta un arroyo donde dos mujeres lavaban. Era un día de verano sofocante.* Tupá-çî *pidió agua a las lavanderas, y éstas, burlonamente, le señalaron la corriente enturbiada por sus ropas. Fué en vano que suplicase. Ellas no le enseñaron dónde se escondía la fuente; el niñito lloraba apoyado en el regazo de la madre. Llegaron los hombres de ellas, y también se rieron de la forastera. En aquel punto, los cuatro fueron metamorfoseados en pájaros.*

Y ya no pudieron decir más que ya-ha *(¡vamos!), y, para siempre, se vieron condenados a vivir entre el agua cenagosa: castigo de su impiedad.*

Esta leyenda, aunque denuncia la intromisión española, habrá tenido seguramente un origen indígena y, en vez de Tupá-çî, *sería* Yaçî *(la Luna), su protagonista. Pero en esta forma se ha perpetuado y se cuenta aún en los* fogones *o en los* velorios.

El carayá *es un mono grande y barbudo. Antes era un hombre; pero, por haberse burlado de su padre, estando éste ebrio, fué metamorfoseado en mono.*

El urutaú *es un pájaro notable por su grito gemebundo. Él ha motivado distintas leyendas. Una dice que antes fué un hombre que se negó a visitar al Niño Dios. Convertido en pájaro, llora su arrepentimiento. En la región de los diaguitas, el* urutaú *se llama* kacuy, *y explican así su lamento: Fué una mala mujer que, abandonada en lo alto de un algarrobo y no pudiendo bajar, se metamorfoseó en ese pájaro oscuro de doliente canto.*

El urutaú *tiene su leyenda guaraní: la hija de un cacique, enemigo de los tupíes, amaba a un guerrero tupí. Y los padres negábanse a que se realizase tal amor. (Es decir, la historia de los amantes de Verona en plena selva y a orillas del Iguazú). Ella sufría sin consuelo. Un día desapareció. La hallaron, pero muda y como si fuese un* póra *(fantasma), ajena a todo. Ya a nadie conocía, ni nada le interesaba. Pero a alguien se le ocurrió decirle: "¡Él ha muerto!" Y reanimóse, adquirió vida, aunque sólo para metamorfosearse en un ave, volar y prorrumpir en el más quejumbroso de los lamentos.*

Tal es el origen del urutaú, *cuyo nombre significa ave-fantasma. Es muy raro encontrarlo; perdido en lo más laberíntico de las selvas del trópico, sólo se oye su grito, poderoso e impresionante, rompiendo el mutismo de la noche.*

También se explica el origen del chajá *atribuyéndoselo a Jesús y a San Pedro, que, burlados por dos lavanderas a quienes en vano pidieron de beber, porque las*

otras les alcanzaran espuma de jabón, las metamorfosearon en aves. Por eso los chajás *siempre andan en pareja, y su carne es fofa como si fuese de espuma.*

Una leyenda cristiano-guaraní explica la existencia de la caá *(yerba mate): Dios, San Juan y San Pedro bajaron a la tierra; andando, llegáronse a la choza de un viejecito muy pobre que sólo tenía a su hija. El anciano los atendió cumplidamente, sin saber quiénes eran. En premio, Dios convirtió a la hija en* caá, *para que nunca muriese y pudiera trasmitir a los humanos el don de sus virtudes.*

Santo Tomé — paí Zumé, según los originales —, sobre cuya predicación en las selvas del Nuevo Mundo insisten los más diversos cronistas, fué quien habría enseñado a los guaraníes a tostar la yerba, quitarle así su veneno y emplearla en medicina y como infusión: el cotidiano mate criollo, según la leyenda, no es tan humilde como parece, ya que su origen es divino.

Los mocovíes, tribus que habitan las regiones del Chaco, habían imaginado un

árbol, la naliadigua, *altísimo y corpulento. Por él, ascendiendo de rama en rama, las almas de los muertos llegaban al cielo. Cierta vez, una anciana anduvo pidiendo limosna, y como no le dieran, trasformóse en* capibára *(carpincho, el más grande de los roedores), y, royendo, concluyó por tumbar el árbol. Los mocovíes se vieron así castigados por su inmisericordia. Esta leyenda denuncia su origen cristiano en la actitud de pedir limosna y de castigar a los que no la dan.*

El runa - uturunco *es original de las selvas mediterráneas. Sin embargo, hállase tal creencia hasta en los quichuas del Perú. Es un hombre que, convertido en tigre por la noche, de día vuelve a su forma humana. Si se le hiere en forma de* uturunco *(tigre), antes de morir adquiere su prístina humanidad.*

Se extendió esta leyenda a otros animales, y hay narraciones de hombres metamorfoseados en jabalíes o en toros. Así la leyenda de la Mul'ánima, *que tanto prestigio de terror esparciera. La* Mul'ánima *es el al-*

ma de una mujer en pecado de horrible sacrilegio. Muerta, se trasforma en mula y vaga por las selvas y serranías, eternamente condenada a correr. El golpear de sus cascos y su bufido, que se confunde con el del viento, producen tal espanto que paralizan al gaucho más temerario, capaz de afrontar, cuchillo en la diestra y poncho en la siniestra, al tigre, ¡y vencerlo en singular lucha de coraje, agilidad y destreza!

El gaucho agregó a esta serie de leyendas indocristianas la del payador Santos Vega. Este existió, y parece que fué un singular cantor. La admiración póstuma apoderóse de su figura y lo elevó hasta hacerle digno de contender con el Demonio. Éste, metamorfoseado en gaucho, se presentó a desafiar a Santos Vega, hasta entonces vencedor en todos los torneos de guitarra e improvisación. Cantan uno y otro; pero tan estupendamente el forastero, que el propio Santos Vega, noble enemigo, le declara que lo considera superior. Incéndiase el ombú que los cobijara durante el torneo, y los asustados presentes saben así que sólo el Demonio

pudo vencer al payador Santos Vega. Mitre, Ascasubi y Obligado han recogido en verso culto la leyenda de la metamorfosis demoníaca.

Creación también del espíritu criollo es la de Mandinga, *diablillo negro, especie de Mefistófeles americano, capaz de diabluras como un pilluelo o de metamorfosearse en galán para enamorar* chinitas *sirvientas* (1). *Cuéntase de él esta hazaña perpetrada en tiempos de la colonia: Dos padres franciscanos llegáronse a una casa con el fin de poner paz en la familia. Mal avenidos, marido y mujer eran el escándalo de la muy pacífica Santa María de los Buenos Aires; trayendo, con sus reyertas, alborotada la docena de negros esclavos que los servían. Se les recibió como a dignos mensajeros de paz; comieron copiosamente y bebieron en abundancia. Apoltronados en sendos sillones junto al brasero, terminaron por dormirse. Entonces se les dejó solos. Aprovechó la coyuntura el diablillo* Mandinga.

(1) Véase *El Sentimiento Popular en la Literatura Argentina.*

Por lo común, el lugar predilecto de Mandinga *son las brasas del hogar; surgió de ellas, dió un papirotazo en la nariz a uno de los padres y volvió a zambullirse en las llamas. Despertó el golpeado, y sólo vió ante sí al otro padre que dormía... o fingía dormir. No dijo nada, y volvió a arrellanarse en su sillón.* Mandinga *repitió el papirotazo con el otro padre; y así con el segundo papirotazo que diera a cada uno, consiguió que éstos se enzarzasen en crepitante disputa verbal, obligando la intervención de los de la casa, y a que se fuesen sin lograr el fin pacífico que a ella los condujere.*

Zambas, negras, cuarteronas y mulatas, mantuvieron asiduos tratos con Mandinga. *Fueron brujas, y buen acopio de ellas hubo de ir a dar razones de sus brujerías en los calabozos de la Inquisición de Lima. La creencia de íncubos (demonio que encarna en un hombre) y de súcubos (demonio que encarna en una mujer), creencia heredada de los peninsulares, fué patrimonio de las habladurías de la colonia. También here-*

dada del español fué la existencia de la salamanca, *especie de aquelarre donde las brujas tenían sus* sabats *precedidas aquí por* Zúpay — *el demonio quichua — bicorne y patas de chivo, a lo sátiro.*

Tampoco faltaron bromistas o pillos que, aprovechándose de la ingenuidad de todos, simulasen haberse metamorfoseado en animal, ya sea para asustar a los creyentes o con fines de más inmediato y personal provecho. Esto último fué el Chancho, *ladrón que valido de esta forma asaltaba en los suburbios de Buenos Aires.*

No todo fué heredado. A la llegada de los españoles, halláronse éstos con que entre los indígenas, sobre todo entre los quichuas, que alcanzaron la más alta civilización aborigen, existían creencias y ritos religiosos que coincidían con los cristianos: el diluvio, la confesión, el ayuno y la penitencia. Las ideas de la reencarnación y la superación del espíritu mediante sucesivas existencias, se hallan en la religión de los incas del Perú.

Y también infinitas supersticiones y el

odio a determinados animales que traían los conquistadores, ya existían entre los indios: el graznar del ñacurutú *(buho): presagio de desgracia; el zumbar los oídos, el titilar de los párpados: anunciadores de malas nuevas. Los guaraníes creían que si un sapo entraba en una embarcación, ésta zozobraba. Y los conquistadores odiaban también al sapo, inocente cómplice de las brujas.*

Es curioso consignar estas coincidencias que hablan de un remoto origen común o de que el espíritu humano, puesto frente al misterio de lo desconocido, busca explicación y llega a conclusiones semejantes, pese a la diferencia de lugar, tiempo y raza.

La leyenda de Caicobé, *por ejemplo, hija de un cacique, sacrificada para cumplir la promesa que su padre hiciera a* Tupá, *a fin de que le diese la victoria, hállase en la China: El celeste emperador, igual que el cacique guaraní, parte para la guerra y promete a los dioses que, si le dan la victoria, de regreso sacrificará a la primera persona que vea. Vuelve victorioso,*

y a quien primero ve es a su adorada hija que sale ansiosa a recibirle. ¡Y la sacrifica! ¿Por qué esta leyenda china y la guaraní coinciden con la israelita de la doncella sacrificada, en igual circunstancia, por su padre Jephté?

Goschgue, *el terrible gigante de la mitología tehuelche, presenta todos los caracteres de* Goguio, *el monstruo de la religión japonesa, amo de la tierra, el aire, el agua, el sol y el fuego.*

La idea de la metamorfosis, común a las mitologías clásicas y a las leyendas medioevales, se halla así, insistentemente, en las leyendas aborígenes de onas, tehuelches, araucanos, guaraníes, diaguitas y quichuas que poblaban el territorio argentino. La fantasía aborigen halló en ella refugio para explicar los fenómenos de la naturaleza y el misterio de la muerte, ante los que su razón, aun balbuceante, enmudecía de asombro y de pavor.

También ante tantos prodigios, fenómenos sobrenaturales, milagros y apariciones de seres sobrehumanos, surge el problema

de la veracidad. ¿Cree el pueblo lo que oye y cuenta? ¿Qué origen tuvieron tantas fabulosas fantasías? En un congreso de psicología de Gotinga, se realizó una experiencia sugerente y de resultado imprevisto: había allí cuarenta sabios, hombres maduros y viejos, discutiendo en plena sesión sobre serios problemas; de pronto se abre la puerta, entra un clown *— como escapado de un circo próximo —; al* clown *lo persigue un negro con un revólver. Se injurian. El negro salta sobre el* clown, *debátense un momento y, al fin, siempre el uno persiguiendo al otro, salen de la sala. El presidente — sin decir a los sabios que la escena, de la cual se sacaron fotografías, era preparada — rogó a los congresales que hiciesen una relación de lo que acababan de ver. Y este fué el imprevisto resultado: una relación tenía menos de un 20 por ciento de errores, catorce tuvieron de un 20 a un 40 por ciento, doce de un 40 a un 50 por ciento, y trece podían ser consideradas como absolutamente falsas, llenas de detalles que eran una pura invención.*

Y si esto se obtuvo en un congreso de sabios psicólogos, hombres serenos, habituados a la observación, cabe preguntar: ¿Qué resultado se hubiese obtenido entre gentes comunes, sin mayor cultura, y apasionados?

Por ello, en la literatura folklórica de leyendas y mitos, la veracidad es un factor sin importancia. Tampoco importa que el hombre del pueblo que la oye y repite crea o no crea. Lo importante es el aroma ejemplificador que de ella se desprende, y que él realice su obra de sensibilización.

Crean o no las madres campesinas del litoral argentino en la existencia del Yacî-Yateré, *enano rubio, tocado con un sombrero de paja, raptor de niños; ellas alarman a sus chicos con él, e impiden que se alejen de las chozas para exponerse a los peligros de la selva y el río próximos.*

El estudio del folklore abarca también a otro punto riquísimo en sugestiones trascendentales: el de las coincidencias. Observar cómo una leyenda de los indígenas americanos tiene semejanza con otra de los cam-

pesinos rusos, y con otra de los negros de Africa.

Sólo varían en detalles; donde los primeros presentan al zorro, los segundos al oso y los terceros al cocodrilo. Y no estudiemos las leyendas concernientes al Diluvio, porque entonces las coincidencias se multiplican. Esto conduciría al problema del origen humano. ¿Dónde nacieron las leyendas? Los jeroglíficos y los signos cuneiformes de asiriobabilonios, viejos en seis u ocho mil años, ya aparecen como recientes.

¿Acaso entre los negros o los mongoles nacieron muchas de las leyendas que hoy se narran como realizadas por primera vez en la época medioeval? Si las ruinas de Tiahuanaco o del Yucatán hablasen, ¿con qué fantásticas, prodigiosas, admirables leyendas, nacidas en la naufragada Atlántida, podrían asombrarnos a los sucesores de hoy, los que pensamos e imaginamos, evocadores del pasado y soñadores del porvenir de América?

Y estas coincidencias nos prueban una

vez más que el espíritu humano es uno, como uno es su origen y uno su destino. En la médula del folklore halla, quien sea capaz de internarse, no entreteniéndose en lo puramente pintoresco, una fecunda lección filosófica y una vivificadora esperanza de fraternidad.

LA AZUCENA DEL BOSQUE

En oposición a *Añá,* genio del mal, la mitología guaraní poseía a *Tupá,* el dios bueno. Y si el astro propicio a *Añá* era la luna menguante, nuncio de desdichas y enfermedades,el sol, nuncio de alegría, fuerza y salud, era el astro símbolo de *Tupá, genio del bien.*

Según sus creencias, *Tupá* — a quien personificaban como lo hizo la mitología griega con Júpiter y otros dioses menores— *Tupá,* después de enseñarles la agricultura,

se retiró a vivir en el Sol, y desde él presidía las acciones de los hombres.

Tupá creó los animales y las plantas; y pasaron muchas *lunas* antes de que creara a los hombres. Los hizo al fin, y les dió la inteligencia con que se adueñaron de las plantas, y con la que vencieron a los más feroces y fuertes animales.

Pero hubo una región boscosa a la que aún no habían llegado los hombres. *I-Yara* (Dueño de las Aguas), ser sobrenatural que servía a *Tupá* en sus relaciones con los humanos, llevó a éste un trozo de tierra de esa región. Y *Tupá,* amasóla, le dió la forma de dos figuras humanas y las encendió de vida con chispas del sol. Así existieron hombres en aquella región en que aún no existían. De estos dos hermanos, aunque de color oscuro, ya que de tierra estaban hechos, uno era de piel más roja y el otro más blanca; recibieron por esto los nombres de Pitá (Rojo) y Morotí (Blanco).

Hechos los hombres, *Tupá* encargó a *I-Yara* que amasase dos mujeres hermanas, a fin de darles compañeras con quienes ellos

prohijasen. No es raro que *Tupá* encargara a su súbdito que él hiciese las mujeres: en todas las mitologías de los pueblos bárbaros, la mujer, por no ir a la guerra y ser más débil, es considerada como indigna de equipararse al hombre. Así el sumo dios guaraní encargó a *I-Yara* que diese compañeras a sus criaturas Pitá y Morotí.

Ambas parejas vivieron en los bosques, alimentándose de las frutas de los árboles; en paz primero, amándose y procreando... Mas he aquí que cierta vez Pitá, del choque de dos piedras descubrió el fuego; y otra vez Morotí, obligado a defenderse del ataque de un *pecarí* y habiéndolo muerto, ocurriósele echar al fuego su carne. El olor que de ella se desprendía le pareció apetitoso y comió carne, y la hizo gustar a su mujer e hijos, y a los hijos y mujer de su hermano. Desde entonces, desdeñando los frutos de los árboles, se dieron a la caza; y como no podían rivalizar ni en ligereza ni en fuerza con ciertos animales, inventaron la lanza y el arco.

Pitá y Morotí, con sus mujeres e hijos,

vivieron de la caza; pero no ya en la paz con que antes vivían. El interés y la disputa por las presas echaron a los hijos de ambos hermanos unos contra otros; Pitá y Morotí riñeron, hasta el punto de que poco faltó para que las armas que inventaron contra los animales, las usaran para luchar entre ellos. No llegaron hasta tanto, pero se dividieron alejando también a sus hijos y mujeres.

Y así fué cómo los hombres hermanos, a quienes *Tupá* creara para vivir unidos, fueron separados por la codicia.

Tupá, entonces, pensó en castigar a ambos hermanos por no haber sabido mantenerse en paz y unidos. Fácil le hubiera sido al omnipotente aniquilarlos o enviarles algún mal terrible; prefirió dejar un ejemplo que perdurara por todos los siglos y se presentase así a los hombres venideros para recordarles que deben vivir en paz y unidos.

Y esto fué:

Una tormenta pavorosa azotó por tres días y tres noches la selva donde habitaban Pitá y Morotí con sus descendencias. Aterrados todos, se guarecían bajo los árboles, enceguecidos por la luz de los relámpagos, ensordecidos por el rugir de los truenos y el detonar de los rayos. Y al fin de los tres días pasó la tormenta, apareció el sol, y de él los asombrados hombres vieron bajar a *I-Yara* en la figura de un enano con grande y luenga barba blanquísima.

I-Yara llegóse a muchas tribus y les ordenó que lo siguieran. En silencio y amedrentados los hombres lo siguieron. Llegaron así a una abra del bosque, y allí *I-Yara* les habló:

—Me envía *Tupá,* nuestro padre. Está irritado contra vosotros porque os habéis separado. Hermanos sois e hijos de hermanos; nunca debíais haber reñido entre vosotros. *Tupá* me envía para uniros de nuevo. ¡Pitá! ¡Morotí! ¡abrazaos! — ordenó *I-Yara.*

Abrazáronse ambos hermanos y allí, en presencia de sus descendientes asombrados,

fueron perdiendo las humanas formas, fueron compenetrándose más el uno con el otro, hasta ser sólo un cuerpo. Y este cuerpo fué un tronco, y de éste salieron ramas, y de las ramas, hojas y flores. Y estas flores fueron de color rojo morado primero, y después, antes de marchitarse y caer, tomaron un color lila que fué debilitándose hasta ser blanco: Pitá el rojo y Morotí el blanco daban sus nombres a estas flores.

Así nació el arbusto llamado *azucena del bosque.* Nació del anhelo de *Tupá,* el creador, de que los hombres, sus criaturas, permanezcan en paz, viviendo fraternalmente.

La *azucena del bosque* se ha difundido profusamente. Al nacer sus flores, en primavera, son moradas, pero su color se va trasformando hasta llegar a blancas en otoño, antes de morir.

LA PALOMA DE LA PUÑALADA

STEPHENS COLLEGE
COLUMBIA, MO.

I

Todos los pueblos, mientras no tuvieron una ciencia que les explicara lógicamente el porqué de ciertos fenómenos naturales, se crearon una *lógica sobrenatural* con la que los explicaban. Y aquí debe buscarse el origen de los dioses; tanto que podría decirse: sin fenómenos naturales no habría dioses. En efecto, más han podido en la imaginación humana — a fin de que ésta inventase

43907

un dios todopoderoso del cual todo se espera — más han podido las tormentas, el rayo, el trueno, el arco iris, la niebla, el huracán, que los esotéricos deseos de la criatura humana por hallarle razón a su existencia, y buscarla en una fuerza superior a las propias, siempre débiles.

El hombre, aterrado por el trueno, creó la divinidad mala; y en la esperanza de que ésta no venciese, creó la divinidad buena, superior a aquélla en todas las teogonías. Los fenómenos bellos: el arco iris, la aurora, ¿quién pudo crearlos sino una buena divinidad?

De ahí la existencia común a todas las religiones del dios bueno y el dios malo. Al Jehová bíblico corresponde *Tupá* en las teogonías guaraníes o sea el *Pachacamac* quichua; y al demonio, enemigo del buen Jehová, corresponde *Añá* entre los guaraníes y *Zúpay* entre los quichuas. Esto no obsta para que todos crean en la existencia de dioses menores, malos y buenos, con menor poder y determinados atributos, pero que existen en todas las religiones. Junto a Jú-

piter o Marte o Venus o Neptuno en la mitología helena, y junto a Dios o San Pablo o Santa Eufrasia o San Benito en la religión católica. Todo es lo mismo. Instintivamente, pues, el hombre es demócrata, y tiende a subdividir el poder. La república es de hecho su natural gobierno; el reinado absoluto sólo es nominal sobre la tierra.

Cierto está que los fenómenos inexplicables por la ciencia infusa de las religiones primitivas, se los explica el pueblo mediante leyendas siempre hermosas por la frescura que su candor trasmana; son como esas flores campesinas, bellas siempre, no porque ostenten la pompa de un crisantemo o de un lirio de jardín, sino porque en sus corolas humildes tiembla siempre una gota de rocío.

Así entre los actuales guaraníes, por ejemplo, y después entre los gauchos del litoral, sus descendientes, la niebla es el aliento del caballo *Añá*. Este caballo, ellos se lo imaginaban blanco y salido de las hon-

duras de la laguna Iberá, matriz de todo lo misterioso de aquellas comarcas.

Explicaciones análogas reciben otros fenómenos naturales: el arco iris o la lluvia, y hasta ciertos pájaros que por su plumaje o por su canto se distinguen particularmente: el *urutaú* y el *chahän* (chajá), melancólico el uno y vigilante el otro, han debido explicar su peculiaridad mediante leyendas.

En las comarcas del Plata, por donde han cruzado corrientes étnicas tan distintas como la española y la aborigen, es curioso ver cómo las leyendas de ambos pueblos se compenetran para formar una, y cómo las religiones de uno y otro se apoyan mutuamente tratando de explicarse.

II

Tupá, según la leyenda guaraní, creó primero la Naturaleza y después los seres animados.

Antes que la primera pareja humana los hollase, los solemnes bosques se extendían

junto a las claras aguas; y aromaban los aires graciosas flores policromas, antes que mujer alguna pensase embellecerse con ellas.

Tupá, al fin, decidió poblar aquellas soledades, e hizo el primer hombre y la primera mujer; pero como para hacerlos tomó arcilla de las márgenes de un río, los hizo oscuros. ¡Ahí fué de la sorpresa de *Tupá* cuando vió que otro Dios había hecho un hombre y una mujer blancos! E intentó hacerlos, pero no pudo. No disponía más que de troncos de árboles y de oscura arcilla para fabricarlos; material del que le salían sólo seres oscuros. Para embellecerlos les dió, en cambio, los más hermosos, vivos y variados colores. Así obtuvo el verde *yacaré* (caimán), el pintado *yaguareté* (tigre), la rosada *tuyuyú* (cigüeña), el vistoso *gua-á* (guacamayo), la policroma *panambí* (mariposa), la ocre *yarará* (víbora amarilla), hasta el reluciente *lembú* (escarabajo)... Pero *Tupá* no quedó contento; le molestaba que otro Dios hubiese podido hacer criaturas blancas, bien es cierto que por tener en sus dominios material para

ello, y que en las tierras de *Tupá* no había; mas éste se obstinaba en poseer una criatura blanca, y *Añá,* pícaro y sagaz como es, vaya a saber uno valiéndose de qué artimañas, consiguió llegarse hasta la tierra de los hombres blancos y robarles una doncella que regaló a *Tupá.*

Con esa *cuñá morotí* (mujer blanca) hizo *Tupá* una ave blanca, dulce y buena: fué la paloma. Y *Tupá* quedó satisfecho.

Mas echóse a volar la paloma entre aquellos bosques solemnes y oscuros, a las márgenes de aquellos ríos caudalosos y azules, y no vió un solo ser blanco; y tuvo vergüenza de su blancura. Se sentía monstruosa por su color en medio de aquellos seres oscuros o multicolores; se vió fea y lloró. Es desde entonces que la paloma gime siempre, melancólicamente: ¡u, u, u, u!...

Dióse a recorrer tierras en busca de un ser blanco. Ambuló por los bosques, y allí conoció el maravilloso *mainumbí* (colibrí) que la llenó de envidia; por las praderas halló la retaceada *ipacaá* (gallineta); en las

selvas la hermosa *mbói-chumbé* (serpiente de coral); y en las aguas el pintoresco *itaguá* (armado).

Y la desdichada paloma *morotí* se fué a lamentar ante el propio *Tupá,* a pedirle que la cambiase de color:

—Hazme negra como el cuervo; hazme un tenebroso *urubú* — rogó la infeliz.

Tupá no accedió. Su blancura lo llenaba de orgullo, ¿cómo habría de quitársela?

La desventurada paloma retiróse a llorar a lo más profundo de la selva; y una vez allí, en medio de su desesperación, perdida la esperanza, quiso matarse; y se hundió con ira el pico en el pecho. Brotóle roja la sangre. Un intenso dolor le impidió seguir clavándose su pico, y la paloma cayó como muerta...

Cuando revivió, el agua clara de un manantial reflejó su plumaje blanco; pero en medio de su blancura, roja y bella, le brillaba una mancha de sangre, como si aún manara su herida.

Así se presentó ante *Tupá,* y éste la halló más hermosa todavía con aquella

mancha roja en medio del pecho blanco; tan roja que se dijera que su corazón se asomaba curioso. Enteróse *Tupá* de la angustia de aquel ser bueno y dulce, y se admiró de su heroísmo. Para recompensarlo, hizo indeleble su roja mancha.

Y desde entonces se ven estas palomas blancas que ostentan sobre el blanco plumaje esa mancha roja, y a las que el pueblo llama *paloma de la puñalada.*

Estas palomas son más bellas que las otras totalmente blancas, porque han conocido el dolor.

CAÁ

El mito vegetal ocupa un sitio de predilección en el mundo anímico de los pueblos salvajes. Más que los quichuas, que por reflejo de la cultura aimará elevaron su culto hacia dioses invisibles, los guaraníes adoraron los árboles.

Justo era que entre los sindicados para esa adoración estuviese *Caá* (yerba mate), dados los infinitos beneficios que les prestara; al tiempo que debió herir su imaginación el

profuso abigarramiento que se extendía en leguas interminables.

Tal adoración que ponían de manifiesto los magos y brujas de la tribu, mediante exorcismos en los que siempre intervenía el aroma del humo de *caá*, podemos patentizarla aún en las numerosas leyendas, ya genuinamente indígenas, ya bastardeadas de catolicismo, que corren por aquellas comarcas, hallando eco en sus candorosos espíritus...

La yerba no fué conocida desde muy antaño entre los guaraníes. Poco tiempo antes de la llegada de los españoles a las costas del Paraná, un *carái payé* (mago) que tenía amistosa relación con *Añá*, recibió de éste instrucciones para el uso de la yerba. Bebíala, y sólo después de beberla podía verse con *Añá*. El *carái payé* trasmitió su secreto a otros magos, y de ahí que cuando los misioneros católicos empezaran a evangelizar las tribus del Alto Paraná, se hallaron con numerosos brujos que, mediante

la infusión de *caá*, decían aclarar su inteligencia y avivarla lo suficiente para comunicarse con el propio *Añá*.

El P. Pedro Lozano, cronista de la región selvática, narra una leyenda sobre la yerba, pero en la que intervienen elementos exóticos del catolicismo:

Santo Tomás (1), popularizado con el nombre de Santo Tomé — al decir del P. Lozano y otros cronistas — llegó hasta América en su fervor evangelizante, a cautivar con su inspirado verbo los corazones de los indios. Muchos años pasó predicando en las costas del Paraná, Uruguay y sus afluentes. Hizo allí innumerables prosélitos, y tribus enteras lo acataban y seguían. Santo Tomé — que al decir siempre del

(1) Las más viejas tradiciones orales del culto guaraní, hablan de un anciano patriarca llamado *paí Zumé*, gran benefactor de los hombres. Los jesuítas misioneros que tan hábilmente supieron desviar muchas tradiciones regionales, aprovecharon, según algunos autores, ésta de la existencia del benefactor *paí Zumé*, y merced a su semejanza eufónica, lo convirtieron en Santo Tomé, al que hicieron sinónimo de Santo Tomás.

P. Lozano y otros cronistas de la conquista espiritual en América — "realizó maravillosos milagros entre aquellos herejes", quiso al ausentarse dejar un recuerdo de sus beneficios, quizás presintiendo que su palabra sería olvidada, como ocurrió; y, en presencia de sus acólitos, tomó hojas de *caá* que en su natural estado son venenosas, las puso al rescoldo de una hoguera, y una vez tostadas, haciendo de ellas una aromática infusión, bebió e hizo beber a sus evangelizados. Ya se ve cómo, según la narración del viejo cronista, el popular mate tiene un origen divino.

Corren otras leyendas más o menos aborígenes acerca de la *caá,* probando con ello que la tal yerba impresionó siempre la fantasía comarcana.

Según una, Dios, acompañado de San Juan y San Pedro, vagando por los bosques llegaron hasta la choza de un viejecito, el que sólo tenía una hija. Los acogió el viejecito, y a pesar de su pobreza les dió de co-

mer y beber, matando para festejar a sus desconocidos huéspedes, la única gallina de su menguado corral. Dios premió tal solicitud haciendo inmortal a su hija: la convirtió en la primera planta de yerba, orígen de frondosos bosques.

Corre la misma leyenda, modificada por los yerbateros del Paraguay:

Dios no convirtió en planta a la hija del hospitalario anciano, sino que la hizo la *Dueña de la yerba.* Nace así un mito protector que toma el nombre de *Caá Yara.* La *Caá Yara* es joven, rubia. Los mineros (obradores que trabajan en los yerbales) que hacen pacto secreto con ella de ser fieles y no tener relación con otra mujer, se ven así ayudados en su faena; mas si faltan al pacto, *Caá Yara* no perdona, y el minero infiel ha de morir trágicamente.

Otra modificación de la leyenda da origen a *Caá Póra,* mujer dueña de los animales del bosque, y que protege a algunos cazadores para castigar a otros. A los que malquiere, ataca y garrotea sus perros con una amarra invisible que los hace re-

volcar de dolor y da tiempo a que la caza escape. (1)

Caá Póra, que en el sur del Brasil es una mujer bella, se convierte en un hombre gigantesco en la gobernación de Misiones. Este gigante se come crudos a los animales que los cazadores matan y después no encuentran. Para otros interpretadores, *Caá Póra* es un animal, can o cerdo, que arrojando llamas por la boca se aparece a los pobladores de la selva y los espanta.

Pero tales mitos ya nada tienen que ver con *Caá Yara,* la beneficiosa yerba, y sólo son desviaciones del mito original que por ella tuvo nacimiento.

Pero, ¿por qué buscar en los mitos catÓ-

(1) Juan B. Ambrosetti, como buen científico, ha buscado la razón de estas y otras leyendas. Héla aquí: Hay una planta icipó — rastrero espinoso — que crece oculta por otras hierbas; los perros la pisan, y sufriendo heridas dolorosas a su contacto, se largan al suelo lanzando aullidos. Y en esta planta halla el avizor sabio el origen de tan misteriosa creencia.

licos el origen de la bondadosa yerba que existía siglos antes de que la cruz y la espada españolas hollaran las selvas guaraníes?

A *Yaçî* (la luna), dulce divinidad aborígen, protectora de los buenos, se debe la irrupción de *Caá* en las tierras americanas.

Yaçî, que acostumbraba a tomar la humana forma de una mujer rubia a fin de pasear por la tierra, ambulaba por el bosque, llevando por toda compañía a una *Araí* (nube) que había encarnado en una blanca doncella.

Yaçî y *Araí* ambulaban por los bosques aspirando su aroma plácidamente, y de pronto, frente a ellas, terrorífico, con las sanguinolentas fauces abiertas y las pupilas fulgentes, apareció un horrible *yaguareté*. Ya iba a lanzarse sobre las dos espantadas mujeres — que, aunque diosas, al adquirir forma humana habían perdido su poder — cuando una silbante flecha se clavó en un costado del feroz animal. Bramó éste de dolor y de rabia, y a pesar de su herida que manaba sangre, se lanzó contra quien

lo había herido: un indio ya viejo que se ocultaba tras un grueso tronco, teniendo el arco en una mano y una aguda flecha en la otra.

Saltó el tigre, y esquivó el hombre con el propósito de cargar su arco de nuevo; pero no le dió lugar la fiera que volvió a saltar sobre él; más hábil el hombre agachóse y, a tiempo que el animal pasaba sobre su cabeza, le clavó el dardo en pleno corazón. El *yaguareté* cayó fulminado.

En tanto, *Yaçî* y *Araí* ya habían tenido tiempo de ponerse en salvo cobrando sus prístinas formas de luna y de nube; y así, cuando el indio buscó a las dos mujeres, no pudo hallarlas. Desolló al *yaguareté*, y luego encaramóse a un árbol porque la noche se acercaba.

Allí, en sueños, se le aparecieron ambas deidades. Le dijeron quiénes eran, porque los dioses, como los potentados de la tierra, no acostumbran a hacer el bien de incógnito; y *Yaçî* díjole que, en agradecimiento a su buena acción, ella había hecho nacer una nueva planta: *Caá*. Y le indicó cómo habría

de hacer uso de ella, tostándola porque era venenosa.

El indio creyó que fuese aquello cosa de sueños; pero al despertar, ya de día, vió en el sitio indicado por la diosa que una nueva planta levantábase en el lugar de la maraña antigua.

Y desde entonces, *Caá*, planta benéfica y protectora, obtenida por la acción buena de un hombre que expuso su vida para salvar la de dos mujeres, irradia su acción y solivianta al caído, reconforta al cansado, tonifica al enfermo, y es símbolo de amistosa hermandad entre los hombres o sirve para establecer vínculos de más estrecha unión entre los que bien se quieren.

Pues, así como hay hombres y animales con alma pérfida, siempre dispuestos al mal, hay árboles y plantas malos también; y plantas, árboles, animales y hombres buenos.

Y la de *Caá*, fruto de la recompensa que obtuvo el bien, es una alma buena.

LA YEDRA

Una mujer, cuyo nombre no nos ha legado la leyenda, después de mucho y vario errar por selvas y llanuras, llegó hasta la margen del río Paraná, allí donde una tribu poderosa aunque pacífica, había asentado sus chozas de techo de paja.

Joven era la mujer, joven y hermosa; además la desventura la rodeaba como de un nimbo misterioso ante los ojos de los varones de la tribu. Era mujer de un cacique muerto en guerra, y de quien hubo el

hijo que traía en brazos. Al morir él, se vió obligada a fugarse de entre los suyos, porque desencadenadas las ambiciones, temió por la vida del tierno infante. Huyó buscando paz por llanuras y selvas; y así había llegado hasta allí a pedir amparo al viejo *rubichá,* bajo cuya dirección la tribu se había hecho poderosa hasta poder vivir sin temor de ser atacada por sus vecinos. Y el viejo cacique acogió a la mujer innominada, joven y hermosa, la que traía un niño en brazos, y una aureola de sacrificio y misterio.

A poco tiempo de estar en la nueva tribu fueron muchos los pretendientes jóvenes y vigorosos que la hablaron de amores. Ella, esquiva, los rechazó a todos.

Ara berá, llamado así porque como la del relámpago era su velocidad en la carrera; Itá, cuyo nombre de piedra obedecía a su resistencia inaudita para toda clase de trabajos; Tuichá, llamado grande, no sólo por su desmesurada estatura, sino también por su arrojo en las batallas, por la suma de hazañas con que había aterrorizado a sus

enemigos; guerreros los tres, y los más renombrados en la tribu, se contaban entre los que aquella mujer misteriosa desdeñara. Hasta Ñaró, el más cercano pariente del *rubichá,* y cuyo nombre de bravo respondía a sus hechos de caza, los más sobresalientes de todos, ya que sus víctimas se contaban sólo entre *jaguares* y *yacarés,* fué también rechazado por aquella mujer sin nombre. ¿A quién reservaba ella su amor?... La incógnita avivaba el deseo de los pretendientes; pero al fin se supo: El viejo cacique, a pesar de sus melenas blancas ya, la tomaba por mujer suya. Y a él se entregó la joven y hermosa desconocida.

Una ola de odio envolvió aquel idilio, porque todos comprendieron lo que ignoraba el viejo cacique, y lo que nadie se aventuró a decirle: Aquella mujer no lo amaba. Un sentimiento que nunca podía ser de amor desinteresado, la había hecho dar su hermosa juventud a aquel anciano; y ese sentimiento sólo podía ser el de la ambición. Aquella mujer traía un hijo; el viejo cacique, viudo, y con todos los hijos muer-

tos en las guerras con las que consolidara su poderío, no tenía quien lo sustituyera. La mujer había pensado tal vez que aquel hijo suyo podía ser quien ocupara el lugar del anciano una vez muerto éste. Y así había dado su hermosura a cambio del poder para su hijo. La ambiciosa que en toda madre se encierra, había sacrificado a la amante que hay en toda mujer joven. Y esto lo sabían todos, pero nadie osara decírselo al viejo cacique, dichoso con aquel último amor de su vida que halagaba su postrera vanidad de varón...

Mas los cálculos de la ambiciosa se troncharon donde tal vez ella menos lo pensara: Su juventud hermosa, por la que el viejo cacique sintió renovarse sus energías, devoró con ellas la propia vida del anciano, el que murió una tarde entre sus brazos amorosos, aferrados a su cuello, desesperada de ver escapársele aquella vida con la que iban todas sus ambiciones, y de la que resultaba inútil su ofrenda de juventud y hermosura.

Murió el viejo *rubichá;* y a la noche si-

guiente, la joven hermosa presidió su funeral. El muerto era trasportado a su tumba aérea, donde sería dejado a merced de los cuervos. Los hombres de la tribu, encabezados por sus brujos, danzaron y cantaron en torno de una hoguera encendida en loor del muerto. Y las mujeres, desmarañada la cabellera, tiradas por los suelos, lloraban al que había llevado a los suyos a la victoria. Con ellas estaba la joven desconocida... Entre cánticos de lucha y ruido de armas, el viejo cacique fué por fin depositado en su tumba aérea.

La joven regresó a su choza, dispuesta aún a hacer valorar sus derechos, no desaparecida su ambición de que su hijo algún día fuese el *rubichá* de aquella tribu poderosa; y aquel que el Consejo de ancianos nombrara cacique—pensaba ella—no desdeñará tampoco mi juventud y mi hermosura. Pero al entrar en su choza encontró a su hijo con una flecha hundida en el corazón... Quizás otra ambiciosa se le había adelantado. Y sintió que el vacío la rodeaba, que ya su vida no tenía fin.. Echó-

se a correr, a vagar otra vez por las llanuras y las selvas, ululante de dolor. . .

Y aún le aguardaba sufrir más a la que había desdeñado el amor trocándolo por sus ambiciosos proyectos: La mala visión, el *mbaé pochí* del viejo cacique, comenzó a aparecérsele en los caminos, a perseguirla; y la desesperación unióse a la pena, el miedo al dolor.

Tupá, al fin tuvo compasión de la fugitiva; y una noche, en la voz de *Osununú* (ruido de trueno), hizo oír su irritada voz para recriminar a la ambiciosa. Y esta fué la última voz que ella escuchara, porque desapareció su humana forma y quedó convertida en una planta de verdes hojas, de hojas capaces de subir aferrándose a todo árbol que, candorosamente, le diera el más ligero apoyo.

Y desde entonces, la yedra, viste de verdor el árbol viejo; pero lo ahoga: Vuelve a repetirse, para enseñanza de los hombres, el drama que la leyenda dice que ocurrió entre humanos por vez primera.

EL HORNERO

Es común a todos los pueblos, la creencia de que muchas de sus aves, por lo general, las más hermosas, fueron antes de ser aves, seres humanos. Tal ocurre con el *kacuy* de las selvas y con el hornero *(ógaraitig,* en guaraní) de los ríos.

El hornero es un ave bien original, por cierto. Con habilidad suma, de barro y paja, se construye el nido que tiene, precisamente, la forma de un horno campesino.

De ahí su nombre, *ógaraitig:* de *óga* (casa) y *raitig* (nido).

Por su original vivienda y su melodioso, bellísimo canto, tenía esta ave que acuciar la fantasía indígena, la que le creó su leyenda... Aunque para mí es otra.

Dice la leyenda popular que el hornero era un bravo y hermoso doncel cazador, que vivía en apartado lugar sólo con su padre. Amaba el joven a una muchacha cantora que viera en sus excursiones; pero llegado a la edad viril, tuvo que someterse a la triple prueba que era de obligación en su tribu. El triunfador obtendría la propia hija del *rubichá* como premio.

Para ello debía vencer en dos carreras, una a pie y otra a nado, y luego someterse a la prueba del ayuno, que consistía en estarse inmóvil, encerrado entre cueros, y sin tomar más que líquido durante nueve días. Y cuenta la tradición que el doncel bravo y hermoso triunfó en todas las pruebas; pero cuando fueron a sacarle del cuero donde

permaneciera nueve días, inmóvil, bebiendo sólo zumo de maíz, el *rubichá* y los ancianos de la tribu que oficiaban de jueces, vieron que se achicaba el doncel cazador, se empequeñecía hasta convertirse en un pequeño *ógaraitig* de plumas encarnadas. Y desde el cuero voló hasta la cima de un lapacho, donde lanzó su primer melodioso y alegre canto. El cazador renunciaba así a la hija del cacique.

La tradición agrega que la muchacha cantora, se convirtió en ave también, y voló a hacer compañía al que, por su amor, desdeñaba los honores y el mando.

Hasta aquí la leyenda indígena; pero tengo para mí que es otro el origen mítico del hornero, único pájaro que sabe construir su nido a la manera de los hombres. Este pájaro albañil aprendió su ciencia en Europa, entre los hombres constructores y estáticos, no entre los nómades aborígenes de las selvas. El *ógaraitig* fué, en su humana forma, un capitán español. He aquí la narración:

Juan Hornero, capitán español—tal vez de las huestes que llegaran con Gaboto y fueran las primeras en descubrir el maravilloso Paraná — era un guerrero que se distinguía no sólo por su valor — y ya debía tenerlo sumo para poder distinguirse entre guerreros de España — sino que sobresalía, muy en particular, por su mucho ingenio. Es decir, que aparejaba las cualidades de Ulises, el héroe de *La Odisea;* pero en vez de estar inmortalizado en el poema del divino ciego, el capitán español sólo se rememora en esta humilde leyenda comarcana.

Juan Hornero había comido *guabirá:* no volvería a ver sus tierras natales. El *guabirá* es una planta de hojas muy parecidas a las del loto egipcio, y tiene — según las tradiciones guaraníes — las mismas virtudes que los antiguos egipcios atribuían al loto: El extranjero que comiese *guabirá,* cuyo fruto parece un níspero, olvidando las nostalgias de su país se radicaría definitivamente en la región de la planta.

Juan Hornero había comido el *guabirá* de la tradición; pero también habíase ena-

morado de una joven india, y pudiera ser que este sortilegio tuviese más virtud que el otro. El capitán español amaba a Anga, joven india, hija de un cacique; y era correspondido. Por ella abandonó a los suyos que seguramente eran los que acampaban en el fuerte Sancti-Spíritu.

Pero el cacique, a pesar de los ruegos de la doncella, se negaba a dar su consentimiento. El odiaba a esos hombres blancos, poseedores de armas terribles. Su odio era temor también, es decir, rencor inextinguible.

Juan Hornero tuvo que vagar entre las selvas, donde furtivamente se veía con Anga. Pudo ésta conmover a Curiyú, un viejo hechicero de la tribu; y a trueque de la espada y el casco del capitán español, consintió Curiyú en unirlos de modo que podrían amarse libremente, sin temor a las persecuciones del caciqué.

Los ató al tronco de un *anguay guazú*, y les puso una pluma del ala de un *caburé* en cada mano: así adquirirían el dón del vuelo. Les colocó en la boca una pluma de

guirahú: así adquirirían el dón del canto. Luego fueron quemados, y del humo de sus cuerpos unidos por el sacrificio, formáronse dos *ógaraitigs,* que echaron a volar, a amarse libremente...

El, ingenioso como era, en la axila de un árbol construyó su nido de barro y paja; éste tiene dos compartimentos. En el más protegido, ella puede cuidar amorosamente su nidal. Y de su origen humano, conservan los horneros no sólo su aptitud para fabricar un nido tan ingenioso, sino que parecen gustar la compañía del hombre; y así, junto a la vivienda de los labradores, se ven los primorosos nidos, fuertemente amalgamados a la rama. Y, parado en su puerta, vése a uno de aquellos leves pajaritos, alegrando las horas de ruda labor con la diamantina cascada de sus trinos.

EL MBURUCUYÁ

Entre las innumerables maravillas de la tierra americana, preciso es apuntar la flor del *mburucuyá,* nombre que luego se ha tornado en el *burucuyá* o *biricuyá* de los gauchos, sus descendientes.

Los españoles la llamaron *pasionaria* o *flor de la pasión,* y de ahí su nombre científico: pasiflora. Dice el P. Lozano: "Llamámosla los españoles granadillo, y con nombre más piadoso flor de la pasión".

Se explica el "piadoso nombre", al decir

del ingenuo cronista: El *mburucuyá*, liana trepadora de hojas verdes todo el año, da una flor originalísima, la que por su contextura hirió la imaginación española, ya fértil de por sí en esto de creer maravillas y crear fábulas. La flor del *mburucuyá* presenta en sí todos los atributos de la pasión cristiana: La corona de espinas, los tres clavos, las cinco llagas y las cuerdas con que ataron al mártir del calvario; y como da la liana un fruto colorado, la imaginación de los creyentes conquistadores vió en los glóbulos rojos que conforman el fruto, gotas de la sangre de Cristo coaguladas. Aún había más, porque aquella flor tan singular y que tanto diría a la imaginación fanática de aquellos guerreros pasmados de asombro frente a la naturaleza exhuberante, presentaba otras características: la flor del *mburucuyá* se cierra, como si se marchitara, al ponerse el sol, y se abre y cobra su brillo natural cuando el sol nace. La fecundación se verifica en ella de extraño modo también: los órganos femeninos de la flor, los estigmas, son los que, inclinándose, van en bus-

ca de los órganos masculinos, los estambres, y reciben su polen fecundador para luego erguirse nuevamente, madurar y perpetuarse.

Y si a todas estas particularidades bellas de por sí, con la belleza que lo exótico entraña, se unen las exteriores de la flor, concebible es lo mucho que impresionaría el espíritu poético de quienes por vez primera la contemplaban. La flor de la pasión es azul y roja, pero conteniendo toda la gradación de ambos colores, desde el pálido celeste al intenso turquí, y desde el suave rosa al vivo encarnado; únase a eso su brillantez de faz campesina por lo lozana o de pupila joven por lo vivaz; únase la pompa de las hojas esmeraldas, y aquí y acullá pintones frutitos anaranjados que al entreabrirse dejan ver su rojo corazón, y necesario será convenir que pocas veces la gran artista Naturaleza se ha detenido en acumular tanta belleza sobre una de sus creaciones más frágiles, cual lo es esta sutil enredadera.

Su mágica hermosura, ha hecho excla-

mar con mística unción a uno de nuestros escritores, Marco Sastre — hablando de Jesús:

¿Será que Aquél que, para demostrar la verdad de su misión divina, mandaba a la naturaleza y la naturaleza le respondía con los más brillantes prodigios, haya querido dejar escrito en la misma naturaleza el recuerdo de su sacrificio? ¿Eligió para perpetuarlo, no el granito de las montañas, sino los órganos frágiles de una flor que perece el día que nace, pero que en infinitas y perpetuas ediciones renueva la celeste inscripción, como en las débiles hojas de papel, la imprenta perpetúa la sublime doctrina de su Evangelio?

Los que ya no podemos hacer nuestras estas palabras, porque nuestra fe es otra, contentémonos con admirar la flor maravillosa; y ya que la botánica no nos puede decir el porqué de estas cosas, una vez que de nuestra alma se ha diluído como un aroma la creencia en la misión divina de Aquél, busquemos en la leyenda, sino el porqué

angustiante, el origen candoroso del misterio.

Mburucuyá era una doncella española, blanca y linda, llegada a tierras guaraníes con su padre, un capitán. No era Mburucuyá su nombre cristiano, sino el que dábale quien bien la amaba furtivamente: un *rubichá* guaraní.

No es raro hallar falta de lógica en esta clase de amores; y son muchos los romances, poemas y tradiciones, ya anónimos, ya de celebrados poetas, y cuyo espíritu lo forma uno de estos amores, desventurados siempre...

Mburucuyá y su amante se veían a escondidas del capitán español, que buen creyente y buen soldado, no hubiese jamás permitido que su hija desposase con un hereje y un enemigo.

Pero llegó un instante fatal para los desventurados amantes. El padre de ella había escogido quien de entre los suyos deseaba que fuese su marido: un bizarro ca-

pitán que la amaba y la requería con tesón, aunque de ella sólo hubiese obtenido desdenes. Mburucuyá se negó a aceptarlo, y no le valieron razones. Frente a todas, ella oponía la indemostrable razón de no amarlo; mas aquello desesperaba al viejo capitán, de suyo despótico, y autoritario por principio.

Y Mburucuyá fué aún más desdichada que antes, pues si sólo una presunción de negativa la había obligado a ocultar sus amores, ahora estaba segura de que el saberlos irritaría a su padre.

Y los desdichados amadores se veían cada vez más de tarde en tarde, a escondidas, y cuando la noche arrojaba sombras en torno de la fortaleza española.

Ella no podía salir noche tras noche, pues no lograba burlar la vigilancia paterna; pero él, siempre estaba fuera atisbando las sombras, claras para sus ojos de aborigen; y sólo al apuntar el rojo disco del sol, íbase sin verla, pero confiando antes a la brisa algunos melancólicos sonidos de su rústica flauta de caña.

Una noche dejaron de oírse los melan-

cólicos sonidos... Ella lo buscó a la noche siguiente, mas en vano. Pensó que estuviera herido, que hubiese luchado con alguna fiera del bosque; jamás, que la pudiese olvidar. Pero el *rubichá* amante no apareció más, y Mburucuyá no volvió a escuchar los sonidos melancólicos de su flauta rústica.

Desesperada por la angustia de lo desconocido, tornóse pálida y ojerosa, triste su mirar, muda en la expresión dolorosa, pues a nadie podía hacer partícipe de su pena de amor, más bárbara por esto quizás, que ya se sabe lo dados a la confidencia que son quienes por el amor gozan o padecen.

Al fin, una tarde, ya al morir del sol, en que ella como si aún aguardase estaba mirando a lo infinito, sola y muda, de entre los matorrales cercanos se irguió la figura rara de una india vieja.

Aquella india era la madre del que bien la amaba, y venía a narrarle su triste destino: Había sido asesinado por el padre de ella. Seguramente el capitán, sorprendiendo sus amores, creyera que la muerte fuese lo único capaz de separarlos.

Pero mal pensó su corazón duro, porque Mburucuyá se fué tras la india al sitio donde los restos mortales del asesinado reposaban: una tumba aérea, según era costumbre guaraní, perdida en una abra del bosque y tan solitaria que sólo el fúnebre *urutaú* rondaba en torno, y le daba el áspero concierto de sus chirridos.

Loca de dolor cavó en ella una ancha fosa; depositó allí el cuerpo del que por su amor muriera, y sobre él hendióse el corazón, sangrante ya antes de ser herido, con una flecha que en días mejores su amante le regalara. Y el primor de la industria indígena, la pequeña flecha de plumas, quedó sobre el corazón de la muerta como una flor exótica de él brotada.

La vieja india, según antes se lo indicara Mburucuyá, se encargó de dar tierra a los cuerpos; y ella, asombrada, fué la primera en ver, tiempo después, cómo de aquella sepultura brotaba una planta hasta entonces no vista, de hojas verdes, flores encarnadas y azules, frutos anaranjados y de rojo corazón; y cómo esa planta subíase

por los viejos árboles de la selva y los engalanaba, y hasta ya podrecidos, aferrábase a sus troncos y ramas brindándole amorosamente el milagro de su juvenil hermosura.

Aquella planta era el *mburucuyá*. Y sostienen los actuales comarcanos de la selva y el río, que si en ella se ven los atributos de la pasión de Aquel que murió por el amor de ellos, es porque Jesús aprobó el sacrificio de la doncella; que el amor todo lo ennoblece y todo lo purifica.

ISARAKI

Entre las infinitas tradiciones de origen nativo, existe la creencia de la posibilidad de la trasformación de hombres en animales. Esta creencia, que ya trajeron los españoles arraigada por siglos y siglos de consejas más o menos fabulosas en las que de hechos tales se narraba, la hallaron entre las creencias aborígenes y, naturalmente, creyeron más en ella y la trasmitieron a sus descendientes. No hay entre los actuales pobladores campesinos una creencia más

arraigada que esta de la zoantropía, o sea la metamorfosis de hombres en animales diversos. En cada región, las más apartadas unas de otras, se citan ejemplos: El *runa-uturunco* entre los calchaquíes, o sea un hombre trasformado en tigre, es el *yaguareté abá* de los guaraníes, que en otras regiones cobra la denominación de *tigre capiango*. El *yaguareté abá*, en algunos sitios sólo devora a los no bautizados. Ya se ve que ha habido quienes se han aprovechado de la tradición oportunamente. ¿Quién es el que ante tal peligro no se bautiza?

En otras partes, el *yaguareté abá* es un indio viejo bautizado; pero contra su voluntad y de noche se convierte en tigre a fin de cometer tropelías. Para conseguir esto el indio gana un matorral, y en la oscuridad de la noche se revuelca de izquierda a derecha, rezando un credo al revés; para recobrar su forma humana, se revuelca de derecha a izquierda y reza el credo naturalmente.

Otra superstición muy creída es la del *lobisón*. Este es un séptimo hijo, varón

siempre — si es mujer se trasforma en bruja — y se metamorfosea en un animal que tiene algo de perro y algo de cerdo, con grandes orejas. Los viernes a las doce de la noche sale el *lobisón* a comer excrementos y criaturas no bautizadas; por ello es que el sábado, ya recobrada su forma humana, se encuentra enfermo siempre. Con toda seguridad, y misteriosamente, señalan al individuo que es *lobisón:* Este es alto, flaco, pálido y sufre del estómago debido a lo que ha devorado durante su noche fatal.

Esta creencia en el *lobisón* es de origen europeo, su nombre la denuncia, puesto que en América no existen lobos. Teófilo Braga, en las *Epopeas da Raça Mosárabe,* y Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Historia de los Heterodoxos Españoles,* hablan del *lobishómem,* popular en distintos puntos de la península ibérica. Hiriéndolo se deshace el encanto, y al derramarse su sangre, el *lobison* adquiere humana forma. Para destruir el pacto con el demonio, que implica el ser *lobisón,* hay que bautizarle de

nuevo con el nombre de Benito, y darle por padrino al mayor de sus hermanos.

Entre otras creencias licantrópicas, podemos apuntar la creencia de que el hombre arañado por un animal adquiría su forma; esta superstición nos vino del Viejo Mundo también, donde llegó a constituir una enfermedad: la manía lupina. El aquejado de ella creíase trocado en vaca o cerdo, o caballo o zorro... Se salvaban mediante exorcizos de los brujos.

Entre los araucanos pampas, había tribus que se decían descendientes de animales: tal del *puma*, tal otra del *huanacu* o del avestruz; y creían que una vez muertos se trasformaban en esos animales.

En América no hay lobos, pero existe el *aguará guazú* (zorro grande), semejante al lobo y como éste bravo y fuerte; en el *aguará guazú* encarnaron sus *lobisones* los soldados de la conquista.

Existen además innumerables tradiciones que hacen a tal o cual pájaro o animal, como un ex-hombre trocado en bestia por castigo de alguna mala acción que cometie-

ra. Todos tienen su leyenda: terroríficas unas, otras melancólicas; pero siempre ejemplares, significando que no en vano se hace el mal o el bien, y que quien lo hace ni queda impune ni deja de adquirir su merecida recompensa.

He aquí la historia de Isarakí, historia multánime de trasformaciones:

Desde niño se había mostrado inquieto, y de ahí su nombre de Isarakí que sus propios padres le dieron. Poco estuvo en la choza de ellos el turbulento Isarakí; adolescente era cuando se echó a vagabundear por las selvas, llevado de su inquietud, que era como una brasa quemándole los nervios.

Corrió aventuras el turbulento Isarakí: riñas con hombres y animales, en las que adiestró sus fuerzas y su astucia; amoríos y raptos en los que se mostró prometedor y falaz. Contrajo amistades porque, suelto

de lengua, atraía con ese poderoso imán de la palabra.

Corrió riesgos Isarakí, y hasta en peligro de muerte estuvo; pero era bravo y pícaro, y si su ingenio no le bastaba para salir airoso, recurría a sus fuerzas. En tales aventuras llegóse hasta el más intrincado bosque del Chaco. Allí trabó íntima amistad con un viejo *gua-á*. Era lo único que le faltaba para completar su educación. El guacamayo parlanchín y el joven indio se narraron sus mutuas vidas, y luego todo lo que cada cual sabía de los moradores de la selva. Fué por ese *gua-á* que el inquieto Isarakí supo de la metamorfosis que la leyenda atribuyera a Juan Tuyá.

Juan Tuyá, en su juventud, se había encontrado con una *cuñá payé*, que para protegerlo, le había hecho el dón de poder metamorfosearse; y fué así cómo Juan Tuyá, trocado en zorro primero, en tigre y en tucano después, pudo acometer las más disparatadas aventuras y vengarse de sus muchos enemigos.

Isarakí anheló también ese dón de meta-

morfosearse; y con su amigote el guacamayo por guía, echóse a buscar la *cuñá payé* de la leyenda. La encontró a orillas de un caudaloso río, y el guacamayo le expuso los deseos de su joven amigo. La hechicera lo acogió solícita en cuanto Isarakí le narró algunas de sus hazañas. Ella era una enemiga de los hombres, a los que en su juventud había amado; y vió en ese turbulento amigo del *gua-á* una preciosa arma. Hizo sus esotéricos signos, e Isarakí se halló impuesto del dón del Diablo, el de poder metamorfosearse a voluntad; y se trocó en un terrible *yaguareté*. Fué el más audaz y el más feroz de los tigres, cuenta la tradición; llevó sus fechorías hasta los lugares nunca frecuentados por tigres, y donde llegó puso muerte o espanto. Desde la más inofensiva *iguana* hasta la boa más fuerte, todos los pobladores de la selva le temían.

Pero he aquí que fué vencido una vez, no por la fuerza, sino por la astucia de un viejo *aguará;* y desde entonces Isarakí se metamorfoseó en zorro. A la fiereza, prefirió la astucia; y pronto se dió cuenta el tur-

bulento que, bajo la piel del zorro, podía acometer mayores aventuras que bajo la del tigre; era menos temido y menos recelado.

Mucho tiempo anduvo Isarakí trasformado en zorro, con su agudo hocico en tierra y su cola en alto; mentor de una innumerable tribu, era la desesperación de los hombres.

Y una vez, estando de aventura en acecho de una fiera, vió Isarakí cómo la serpiente, sigilosa y lenta, colábase por un diminuto agujero y le robaba su comida, sin que él nada pudiese hacer para impedírselo. Y desde aquella vez quiso ser una sigilosa serpiente.

Trocado en *mbói,* anduvo sólo unos meses. Durante ellos trabó amistad con los seres diminutos de la selva; así como antes, de tigre o de zorro, había podido conocer a los grandes, ahora, el escarabajo o la langosta fueron sus amigos y sus víctimas; y fué trocado en serpiente como Isarakí se enteró de la existencia de la *cába,* alado insecto, zumbador y productor de una mixtura tan maravillosa y dulce como la miel.

Y el turbulento que fuera un poderoso *yaguareté,* anheló convertirse en una insignificante *cába.*

Metamorfoseado en avispa, era fatal que produjese más escozores que miel, y hasta pudo ser que fabricase ésta con jugos ponzoñosos. Mas hete que Isarakí, llevado de su turbulencia, clavó su aguijón en la mano de un hombre que amenazaba robarle su panal: Sabido es que la avispa muere al dejar su aguijón, pero él tornó a su primitiva forma de hombre en vez de morir. El sortilegio de la hechicera lo salvaguardaba.

Vuelto a su primitiva forma, Isarakí buscó a su protectora *cuñá payé,* la que lo recibió alborozada. Aquél era, evidentemente, una de sus criaturas predilectas. Ni Juan Tuyá mismo había hecho peores destrozos que Isarakí trocado en *yaguareté* o en *aguará,* ni puesto más discordias que él cuando fuera *mbói,* ni más desolada inquietud que cuando convertido en *cába* hizo que los hombres desconfiaran hasta de la dulce y bienhechora miel, fabricándola con savia de hierbas malignas.

Isarakí bien podía exigir lo imposible de su protectora hechicera, y la pidió entonces que lo convirtiera en un ser que encerrase las cualidades que él por separado tuvo en sus reencarnaciones pasadas: la de la avispa, la serpiente, el zorro y el tigre.

La hechicera lo convirtió en un hombre blanco.

ACAN-PITA

La peste más espantosa asolaba la tribu. Vanos eran todos los remedios del curandero y las *cuñá-taíes* de la tribu. De seguro el maléfico Añá quería vengarse de aquellos *chañás,* e inutilizaba la ciencia de su curandero y cortaba la relación que sus hechiceras pudieran tener con los espíritus malos.

Y hasta el propio *rubichá* de la tribu, el viejo y bravo Chororó, el que en tantos combates herido se había librado de la muerte, sintió también que la invisible ma-

no de *Añá* lo abatía. Y su altiva cabeza se doblegó, y su cuerpo nunca postrado, poseído por la fiebre, se vió incapaz de moverse. Ni infusiones de *caá* ni raíces de *yuapeca,* ni todas las inimaginables hierbas que poseía la ciencia tradicional de Tagüatí, el curandero de la tribu, pudieron levantarlo. El cacique, el bravo Chororó se moría.

Recurrió entonces el brujo a la cura por el calor: Abierta una zanja del tamaño de un cuerpo humano y cubierto su fondo de plantas aromáticas, encima se le construyó una caseta de ramas también de plantas aromáticas. En ella se introdujo al *rubichá,* acostado, y a su alrededor encendiéronse fogatas.

Pasado un cierto tiempo, durante el cual el sudor copioso le había quitado los males con que el maligno *Añá* pretendiera arrancarle la vida, el cacique Chororó fué sacado de la caseta. Le aplicaron una flagelación con ramas aromáticas; quisieron hacerlo correr, según era práctica terapéutica, pero fué en vano; ya el mal había consumido el organismo del bravo Chororó, tanto que a

los pocos pasos que intentó dar, cayó. Y fué para no levantarse más.

Tal muerte llevó la consternación a la tribu. Y al otro día, el curandero Tagüatí anunció que invocaría al maligno *Añá*, y exigiríale el modo de aplacar su cólera y con ésta la peste que asolaba a la tribu.

Pero esa misma noche Tagüatí, el brujo, había dicho a Pitá, la joven hija del cacique muerto, que la amaba. Pero fué rechazado por ella: Pitá amaba a Acán, joven y esforzado guerrero, y no había de aceptar los amores del brujo Tagüatí. Este juró vengarse. Y, terriblemente, imaginó la más cruel de las venganzas: En ella, prevaliéndose de su situación privilegiada de conductor de las órdenes de *Añá*, el perverso Tagüatí presionaría sobre los aterrados miembros de la tribu, dejando que el fanatismo y el miedo hicieran lo demás.

A la tarde siguiente, cuando el sol se hundía en los bosques y la luna comenzaba a dorarse en el cielo azul, el hechicero Tagüatí realizó su invocación a *Añá*, o me-

jor dicho, a *Maukauhay* que es el mensajero de las almas.

Sentóse Tagüatí a la sombra del *aguaraibá,* el árbol de las almas, el que situado en el centro de todo pueblo guaraní es el predilecto de los brujos para sus rituales. Sentado a su sombra narcótica, Tagüatí invocó por medio del *Maukauhay,* al espíritu del *rubichá* recientemente ido a las regiones de *Añá.* Y una vez que éste estuvo en su presencia y lo habló, Tagüatí se puso de pie, y golpeando alocadamente un tamborcillo cónico recubierto con piel de serpiente, comenzó a dar vueltas y vueltas vertiginosamente en torno del *aguaraibá,* ante la asombrada esperanza de sus aterrados espectadores. Y dió vueltas Tagüatí hasta caer sin sentido al pie del árbol sagrado. Nadie se allegó a él, nadie debía allegársele tampoco, que en aquella somnolencia era cuando el brujo oía la voz de las almas que *Maukauhay* le traía.

Era ya bien entrada la noche cuando Tagüatí volviendo en sí, se dispuso a comunicar el mandato de *Añá.* Y era este: Para

librar a la tribu de los males que la asolaban, *Añá,* por la voz de su *rubichá,* la que le había traído el mensajero de las almas *Maukauhay,* ordenaba a Guazutí, el hijo mayor del jefe muerto y actual cacique, que sacrificase a Pitá, su hermana. El sacrificio de Pitá, aplacando la cólera del Maligno, alejaría los males que todos padecían.

Guazutí, desolado por tal resolución, no se atrevió de por sí a sacrificar a su joven hermana, y convocó el Consejo de los caciques de la tribu.

En la tienda del jefe se reunieron éstos: Cada cual sentado sobre un tronco de árbol, formando un círculo que cerraba Guazutí; cada cual con su lanza empenachada de plumas frente a sí, clavada en tierra; ornadas las faces cobrizas con rayas rojas y azules, y las cabezas crinudas con vinchas de los más vivos colores.

Comenzó el Consejo con libaciones de alcohol de maíz y algarrobo; y luego, golpeándose todos con las palmas en la boca abierta, gritaron: *¡Añá! ¡Añá! ¡Añá!*

Era una manera de invocarlo y desafiar-

lo a la vez, a fin de ser gratos a *Tupá*, el Dios bueno y creador. Luego se discutió largamente. Guazutí se mostraba poco propicio a sacrificar a su hermana, y había quienes lo apoyaban en su resolución. Pero hubo de primar el egoísmo y el terror de los demás; éstos exigían el sacrificio de la doncella a fin de salvarse ellos y los suyos de la peste aterradora. Y fué decretada la muerte de Pitá.

No bien la resolución del Consejo se dió a conocer, llegóse un guerrero jadeante a comunicar lo ocurrido: Acán, el bien amado de Pitá, acababa de hundir su lanza en el corazón del hechicero Tagüatí y se había dado a la fuga con la doncella.

Un general alarido de cólera se alzó de todos los pechos, y el grito de guerra y de muerte conmovió a la tribu. Pronto cien esforzados y ágiles guerreros se echaron al través de los frondosos bosques de *talas* y *molles*, a encontrar a los fugitivos, a los que pretendían burlar los mandatos de *Añá* y, para bien de sí, exponer su tribu a la peste, y más aún, a la cólera que tal burla le-

vantaría en el Espíritu del Mal. Por egoísmo, los guerreros persecutores redoblaban sus esfuerzos, y pronto hallaron la pista de los que huían.

Entorpecido Acán por la presencia de la joven, a la cual le era imposible seguirlo, no podía oponer a la velocidad de los que le perseguían, su vigorosa carrera de costumbre. Y al atravesar un claro del bosque, una flecha fué a clavársele en la espalda.

Cayó, y sobre él, como rota, derrumbóse la doncella, a llorar, a rugir, a demandar la ayuda de *Tupá;* y los guerreros persecutores, sintieron desaparecer su fatiga y redoblaron sus saltos para apresar viva a la que no debía morir sino en el sacrificio, tal como lo exigía *Añá.*

Pero se detuvieron estupefactos; a punto de prenderla, quedáronse como petrificados por el asombro. Veían ante sí lo que nunca creyeron ver: Los cuerpos de Acán y de Pitá, perdieron sus formas humanas, y disminuyendo en tamaño, convirtiéronse en dos avecillas negras y de cabezas rojas, tal como su doloroso destino y sus

nombres los significaban: *Acán* quiere decir cabeza, y *pitá*, roja. Y ambas avecillas volaron hasta posarse sobre la rama de un *tala* próximo. *Tupá* había oído las súplicas que el dolor arrancara a la infeliz doncella, a punto de ser víctima de la venganza del pérfido hechicero.

Y aun, uno de los persecutores, intentó asesinar a las avecillas; pero su flecha se clavó en la rama, cimbreante; y ellos volaron para perderse en la inextricable espesura de la fronda.

Y es desde aquella metamorfosis que las selvas del litoral poseen estas avecillas de leve cuerpo, negro plumaje, graciosa cabeza roja y melancólico cantar que los nativos, desnaturalizando el vocablo guaraní *acán-pitá*, conocen con el nombre de *acapitá*.

GUABIRÁ

He aquí una leyenda en la que se narra porqué el nombre de Guabirá es venerado por las doncellas:

Guabirá era *cuñá-taí.* (1) Al nacer, todos los signos anunciaron para ella los dones excepcionales de la *cuñá-taí.*

---

(1) *Cuñá-taí* quiere decir mujer joven; pero por antonomasia, llevaban tal nombre las hechiceras de las tribus, aun las viejas, porque *cuñá-taí* quiere decir también mujer casadera; y las magas estaban obligadas a soltería perpetua.

Según costumbre, al nacer la criatura la tomaron el *rubichá* y la *cuñá-taí*, cada uno con su mano derecha, y cantando, invocaron la protección de *Tupá*. Y fuera del toldo, encendida una fogata de yuyos aromáticos, danzaron y cantaron para alejar los malos espíritus de la criatura, el de *Añá*, particularmente.

Realizadas esas tradicionales costumbres, le tocaba a la *cuñá-taí* dar nombre a la criatura. Para ello, acostada en un lecho de hierbas aromáticas y rodeada de su familia, comenzó la hechicera a girar a su alrededor al tiempo que aspiraba humo de tabaco. Esta aspiración la llevaba a un grado de exaltada embriaguez; y comenzó entonces a pronunciar palabras y frases incoherentes. La primera que dijo fué *Guabirá*, y así se llamó la niña.

Faltaba ver si *Yaçî* la tomaba bajo su protección. Se esperó al plenilunio, y la madre llevóla al bosque. Allí la acostó a la luz de la luna, y Guabirá se durmió: Prueba de que la deidad de la Noche le era propicia, y

que la criatura estaba reservada a altos fines (1).

Pasaron los años, y Guabirá daba pruebas siempre de que la Luna estaba con ella y que a ella debía consagrarse. Decidió ser *cuñá-taí.*

No eran pocos los sacrificios que para ser *cuñá-taí* se requerían: El ayuno y la castidad son indispensables; cada dos días, la aspirante a *cuñá-taí* ayuna uno, tomando sólo infusiones de *caá;* el amor le está vedado para siempre, y si algún osado pretende hacerla violar su juramento, es obligación de ella matarlo. Para esto cuenta con la *mbói ñaró,* terrible serpiente ponzoñosa a la que la *cuñá-taí* ha hechizado y cuyo veneno es mortal. La novicia de *cuñá-taí* debía demostrar voluntad con tales practi-

(1) Si Guabirá no se hubiese dormido, señal de que la Luna no la auspiciaba. Entonces hubiera tocado a la madre castigarla con un manojo de hierbas aromáticas; castigarla hasta hacerla llorar, para de tal modo alejar de ella el espíritu malo que impedía al bueno de la Luna llegarse hasta la niña.

cas, y con esta otra considerada definitiva: beber de cierto brebaje compuesto de una infusión de *caá, taperibá* y *jugo de muerto* (1).

Guabirá a los veinte años ya era *cuñá-taí.* Ni el *jugo de muerto,* ni los ayunos, ni el renunciamiento al amor pudieron desviarla. Y fué *cuñá-taí.*

Vistió entonces el traje a ellas propio: un ancho sombrero de plumas trenzadas, un collar de pulseras de plumas y semillas pintadas de vivo color, y por toda vestimenta un jubón hasta la rodilla, tejido de fibras vegetales y plumas.

Y Guabirá, como *cuñá-taí* que era, sabía interpretar las voces de la selva y sacar pronósticos buenos o malos del alarido del viento, del fragor del trueno, o de los can-

---

(1) Este *jugo de muerto,* se obtenía poniendo bajo las tumbas aéreas calabazas en las que se recogían los líquidos, producto de la descomposición del cadáver. Muchas fueron las aspirantes a *cuñá-taí* que se vieron obligadas a renunciar por no poder pasar por esta prueba de beber el repugnante bebedizo.

tos de las aves y los aullidos de las bestias.

Sentada a la sombra del *aguaraibá* sagrado, y embriagada con el humo del tabaco, a manera de la helénica pitonisa, contestaba a las preguntas que acerca del porvenir y sus designios se la hacían. También sabía vaticinar por medio de sus serpientes domesticadas y por los *yacarés*. Si al consultar las serpientes éstas se enfurecían, mal pronóstico. Por el contrario, si se conservaban mansas, buen augurio.

A los *yacarés* consultábalos mediante un cachorro de *pecarí* (cerdo salvaje): Llegábase hasta el río cerca del Salto del Moconá, abundante en *yacarés;* a su orilla se quemaban perfumes e invocaba a *Tupá,* conjurando a los *yacarés* que se pronunciasen. Luego ataba el *pecarí* a la orilla. Alejábase prosiguiendo sus oraciones, y si al regresar al cabo de un tiempo — quizás media hora — el cachorro de *pecarí* no había sido devorado, buen augurio, y malo si los *yacarés* lo habían comido.

También sabía Guabirá predecir la suerte que le estaba reservada al cazador del *ya-*

guareté. Para ello poseía un halcón al que lo consultaba dándole de comer: Si devoraba la presa, el aventurero cazador corría riesgo de muerte.

Pero en lo que Guabirá sobresalía de las *cuñá-taíes* de su tribu, era en el peligroso arte de magnetizar serpientes: Buscándola los ojos, mirándoselos fija y duramente, giraba a su alrededor, en tanto un haz de hierbas aromáticas ardía en su mano; y giraba cada vez apretando más y más sus círculos, hasta que la serpiente dominada, inmóvil, aplastábase bajo su mirar duro y fijo. Desde entonces el terrible reptil quedaba bajo su influjo, y obedecía a su voluntad.

Era Guabirá la más célebre de entre las *cuñá-taíes*, cuando ocurrió el hecho que ha proyectado su nombre por el sendero aromado de la leyenda.

Una joven de la tribu se había enamorado de un hombre exótico; un raro hombre de color blanco, vestido de hierro y plumas

de color, y que había llegado a las tierras guaraníes desde el lejano mar, con otros muchos como él, amos del fuego que mata.

Aquel hombre blanco, herido en un combate contra los de la tribu, había sido salvado de la muerte por la joven, la que curándolo, había llegado a amarle; y el *rubichá* de la tribu, respetando lo que el destino ordenaba por los sentimientos de la india y el español bizarro, permitió la unión de la joven de su tribu con aquel enemigo exótico, llegado del mar.

Guabirá le vió por vez primera durante el ritual del casamiento; y la *cuñá-taí,* obligada por su destino de hechicera a no amar nunca, se enamoró del hombre blanco.

Impasible, contempló la ceremonia por la cual el hombre que amaba dábase a otra mujer.

El *rubichá,* rompiendo el delantal de la novia, tiróle a oriente, luego a occidente, y lo enterró a sus pies. Los hombres de la tribu comenzaron a danzar a su alrededor, y a medida que pasaban por el sitio donde el pedazo de delantal se hallaba enterrado,

golpeábanlo con el pie y gritaban: *¡Añá, Añá!...* De tal modo alejábase al espíritu malo.

Se hicieron después fumigaciones de tabaco y otras plantas aromáticas cuyo humo aspiró la novia hasta caer sin sentido... En tanto, el novio regresaba a la choza con los obsequios — pieles, cueros, collares de semillas — a esperar que la novia, ya vuelta en sí, tornase a la choza, según era costumbre, con lo que terminaría la ceremonia nupcial.

Pero esta vez mucho tardó en volver en sí la novia; y al cobrar el conocimiento, comenzó a gritar llorando:

—*¡Añá, Añá* lo lleva!

Había soñado que *Añá* robaba a su hombre blanco.

Fueron a la choza donde él debía estar aguardándola. ¡No había nadie! Buscaron inútilmente por el bosque; nada había. Nunca más verían a él ni a Guabirá, la hechicera.

Una anciana que fuera maestra de Guabirá y su confidente, habló bajo el *aguarai-*

bá sagrado, y narró lo que había sucedido algunos años antes, como si todo lo estuviese viendo con sus ojos cegatones de anciana.

Guabirá, enamorada del hombre blanco, decidió unirse a él; pero se lo impedía su condición de *cuñá-taí,* condenada a la castidad... ¿Qué pudo costar a la magnetizadora de serpientes el magnetizar al hombre blanco?... Huyó con él lejos; y entre las selvas solitarias realizó su amor, violando la tradición que la impedía amar hombre alguno.

¡Ah!, pero la perjura había sido castigada: El hombre blanco, el extranjero, le había sido infiel. Breve tiempo gozó ella de su amor; él había huído, seguramente con los suyos, a amar y ser amado por una mujer blanca.

Y a Guabirá le tocó vagar abrumada por la desesperación, y morir de la misma muerte que a la desdichada novia del hombre blanco ella había condenado al robárselo.

Pero los designios de *Tupá* son sabios. La hechicera Guabirá no había desapareci-

do del todo: su cuerpo habíase trasformado en planta, y daba ahora un fruto de virtud maravillosa, ejemplar: Todo extranjero que coma de él, olvida su país de origen y se radica en la comarca que produce el *guabirá*.

Y he aquí cómo por virtud de una mujer que murió de amores, la Naturaleza da a las doncellas el talismán que obliga a los hombres recién llegados, a radicarse definitivamente en las comarcas de las mujeres que amaran.

Y he aquí porqué el nombre de la *cuñátaí* Guabirá es venerado por las doncellas.

PIRÍ

Pirí no tenía quince años; pero su ágil belleza salvaje se atraía el ansia de los más bizarros hombres de la tribu. Pirí poseía la belleza de una agua de manantial ante la que, sedientos, se inclinan las bestias más feroces: esos eran los fuertes guerreros guaraníes ante la bella Pirí.

Mas tenía ésta un dón malo: Creyérasela que fuese un agua de manantial su belleza, que a pleno sol y cielo, junto a los paisajes verdes, se ofrendase; pero una vez que al-

guien, sediento, atraído por su promisora frescura, se allegase mordido por las ansias, esa agua desaparecía debajo mismo de las fauces secas hacia ella tendidas; porque Pirí era coqueta. Peligroso juego el de la coquetería, más entre primitivos, donde el amor y el odio son hermanos gemelos.

—¡Terminarás mal, Pirí — le había sentenciado el agorero de la tribu, un viejo que tenía la carne color de tronco del *lapacho* a fuerza de recibir estrujones del viento.

Pirí sonreía a la advertencia, y se alejaba del viejo, gruñidor como un tapir; alejábase cimbreando su ágil cuerpo, tal como si fuese él un tallo gracioso y una brisa tenue lo rozara. Y sus ojos, cuando escuchaba aquellas advertencias del agorero, le relucían de extraño modo. Ya no eran dos flores, según alguno de sus rústicos amantes le asegurara, porque las flores no se encienden con simbólica luz, y su brillantez tiene mucho de dulce y de manso.

Y proseguía ofreciéndose al amor, para luego huir, desdeñosa. Muchos andaban apenados por ella; y muchas riñas concluyeron

trágicamente. Y aquello que malavenía a los jóvenes entre sí, encolerizaba a los ancianos de la tribu. Ya eran bastante los enemigos contra los que la tribu había de luchar: bosques impenetrables, fieras indómitas, lluvias y huracanes, guerreros amos de la flecha que envenena, para que una chiquilla de la propia tribu saliese de ella para sembrar la discordia: tal una flor que esparciese en su torno un letal aroma.

Los seres sobrenaturales, dioses que bien amaban a quienes adorábanlos, estarían irritados contra ella; y una vieja, tenida por maga entre los suyos, conjuró contra Pirí la cólera de *I-Yara;* y el Dueño de las Aguas la oyó: Pirí, maligna, hasta entonces sembradora de penas, en adelante, convertida en vegetal, se hallaría condenada a hacer el bien a todos. ¿Qué más castigo para un malo? Falta él entre los más crueles del Infierno dantesco.

El mito vegetal es común a las legendarias creencias aborígenes. Y no es raro ver

cómo por virtud de fuerzas ocultas, los seres humanos, pérfidos por lo general, se veían metamorfoseados en bondadosos árboles, en gentiles plantas, que a su vez concluían por ser dioses de esos hombres mismos a los que tanto mal hicieron en vida.

La yerba *(caá)*, fué adorada por algunas tribus guaraníes; otras adoraron el copal *(anguay)*; así como ciertos quichuas adoraron el algarrobo *(tacú)*, y los araucanos el canelo *(boighe)*.

Reconocido es el culto que entre los súbditos del Inca se celebraba a la *coca*, hacia la que rendían veneración, tanta que sólo en tierras del monarca podía cosecharse, y teníasela por tributo caro a los dioses.

I-Yara pensó en castigar la maligna belleza de Pirí metamorfoseándola en vegetal. Y ya se sabe cuánto es el poder del terrible Señor de las Aguas, que es también un pertinaz enamorado. Desde su morada de la misteriosa laguna Iberá, en donde los comarcanos le atribuyen que vive en compañía de

seres monstruosos, salió *I-Yara*, no en su prístina contextura de enano, sino en la de un grácil flamenco de encarnado plumaje, forma preferida entre las infinitas que su poderío le permitía adquirir.

Y así, extático flamenco, fakir adorador del sol y de la invisible brisa, plantóse en medio de las aguas, cercano al lugar en que Pirí solía ir para contemplarse largas horas sobre la especular y casi inmóvil laguna.

Intentaba este humilde dios de las tierras americanas, lo que realizó el tonante Júpiter con otra hija de los hombres: Leda. Y éste metamorfoseado en cisne, consiguió hacerse amar de la desdeñosa; lo que no consiguió *I-Yara* trocado en rojo flamenco.

Inútilmente pasó frente a la joven las muertas horas; como encantada de sí, la coqueta no reparó en aquel hermoso flamenco que la contemplaba con ojos de hombre enamorado.

¡Ah, pero grande era el poderío del Padre de las Aguas! Dueño es él del *Piraú* (pez negro), al que se le atribuye el tamaño de un vacuno. Este *Piraú* tiene por misión la

de hacer zozobrar las embarcaciones, para luego devorarse a los náufragos. Dueño también es él del *Yaguarú,* monstruo que socava las costas de los ríos para que todo animal que a ellas se allegue, caiga. *Yaguarú* los destripa y luego sólo les come los pulmones.

Pero era *I-póra,* el siervo de que *I-Yara* habría de servirse para el castigo de Pirí.

I-póra tiene la virtud de perder su monstruosa contextura para adquirir la humana. Toma la forma de un negro, salta rápidamente del agua a la tierra, y se apodera de la mujer de quien él se halla enamorado, o su dueño *I-Yara* desea apropiarse, para convertirla en otro de los seres diminutos que tiene secuestrados en sus dominios de las impenetrables islas de la Iberá.

Ocurrió esto con Pirí. *I-póra,* apoderándose de ella, se la entregó a *I-Yara,* quien merced a uno de los conjuros habituales de su poder infinito, la convirtió en un gracioso vegetal de tallo cimbreante como la cintura de la joven, de florecillas pequeñas como sus ojos...

Y desde entonces, en las márgenes de los ríos y los lagos donde antaño vivieran los guaraníes, se eleva el junco: gracioso, ágil y bello como el cuerpo de una doncella hermosa.

ICIPÓ, ÑANDURIÉ Y AGUAPÉ

Icipó es una planta trepadora, un bejuco abundante en los montes misioneros, y del cual existe una infinita variedad.

Ñandurié es una pequeña víbora habitante también de los bosques norteños del litoral.

Aguapé es una planta acuática que abunda en las orillas de los ríos en donde forma malezales, y cubre y viste los camalotes con sus florecillas blancas, amarillas y moradas.

Y una misma trágica leyenda une a los tres: Icipó, Ñandurié y Aguapé.

Icipó y Ñandurié eran dos hermanas que habitaran con el padre una choza en las orillas del alto Paraná. Cuando salía el viejo indio de caza, pasábaselo fuera a veces varios días, y quedaban solas ambas doncellas, ocupadas en trainar con habilidosas manos el primoroso tejido de *ñandutí*.

Las hermanas, bellas y jóvenes, se querían con singular ternura, y apoyadas en este mutuo cariño tanto como en las canciones, en las que se evocaban antiguas leyendas, y que una a la otra hermana se contaban acompañándose de la rústica flauta de caña, único instrumento habitual entre los guaraníes, con el cual aprendieron a robar a la maravillosa naturaleza circundante el misterio de sus sonidos.

Una mañana de tormenta, vieron Icipó y Ñandurié que una sutil piragua corría a merced de las olas. Una de éstas la partió, y ambas hermanas contemplaron con an-

gustia que un náufrago se debatía contra la corriente luchando con bravura indómita.

Anhelantes, e impotentes para socorrerlo, seguían aquella brega de un hombre contra las desatadas furias de la Naturaleza; en ambos corazones femeninos ya ardía una llama que oscilaba con los riesgos que aquella vida de hombre pasaba sobre las aguas enfurecidas; y, ¡oh, júbilo!, vieron cómo el hombre, braceando desesperadamente, conseguía vencer a las olas y ganar la orilla.

Corrieron las dos jóvenes hacia donde él había subido, y lo hallaron exánime, semicubierto por los *sarandíes* y las *achiras*.

Lo reanimaron dándole aguardiente de maíz, frotándole con él los músculos enervados por el esfuerzo; y levantáronle el ánima postrada con palabras dulces, tales como sólo una mujer joven puede decirlas angustiada al hombre que admira; porque ellas admiraban ya a aquel heroico mancebo de fuertes músculos, náufrago sobre su costa.

Llamábase Aguapé, y era un indio hijo del *rubichá* de la tribu de los *minuanes*.

Cuando el viejo cazador llegó a su choza, aprobó la conducta de sus hijas para con el náufrago, e instó al huésped que *Ñandé Yara* le enviaba a que se quedase entre ellos una *luna*, según las hospitalarias costumbres que aquellos aborígenes lo instauraban. Aceptó Aguapé, y como los intempestivos torrentes del deshielo turban la paz de los valles ya floridos por la primavera, las pasiones más encontradas: amor, celos, melancolía, odio, ternura, corrieron como torrentes desde el corazón de Icipó y Ñandurié, y conturbaron la serenidad de sus vidas.

Las dos hermanas se enamoraron del huésped, celáronse la una a la otra, y comprendieron también que éste no respondía a su amor. Icipó y Ñandurié invocaron a *Kalila*, y recurrieron a los sortilegios y talismanes que la magia de los guaraníes enseñaba.

Ñandurié dió al desdeñoso un brebaje compuesto de *tapií-caá* (yerba del tapir), *inambú-caá* (yerba de la perdiz), *guazú-caá* (yerba del venado), y al cual se mezcla miel de abeja: *ehíra*.

Icipó fabricóse un *payé* (talismán) tenido por invencible: Se componía de plumas de *caburé* — por considerar a la mirada de este pájaro cualidades magnéticas con la que atrae las víctimas que subyuga antes de devorarse. — Y con una pluma del ala izquierda del *urutaú* en la siniestra mano, había pronunciado el nombre de Aguapé.

Ñandurié optó por confesar su escondido amor al huésped, Supo entonces, por este mismo, que no era correspondida; él amaba ya, y debía unirse a la hija de un cacique. Ñandurié, desesperada y pérfida, solapadamente puso un veneno en la comida de Aguapé. Luego huyó a los bosques.

Él cayó enfermo, e Icipó, como buena enamorada y celosa, comprendió que era Ñandurié quien lo había envenenado; sabía qué clase de veneno pudo emplear y cómo podía combatirlo. Llegándose hasta el sitio donde el desventurado se debatía contra el dolor que le desgarraba, le confesó su amor. Aguapé la rechazó.

Ella, desesperada y pérfida también, abandonándolo, huyó a los bosques.

No murió Aguapé. *Tupá* tuvo compasión de él, como la tiene de todos los que son fieles a la fe jurada; y para evitarle morir entre horribles dolores, lo convirtió en una planta acuática. Esta planta, concorde con el espíritu bueno del que así era cuando fué un ser humano, sigue haciendo el bien a los hombres: Sus hojas mojadas curan la insolación y otras fiebres; bebidas en cocimiento alivian los dolores.

Pero trasformado el bueno en planta, no había *Tupá* de dejar sin castigo a las malas, que los dioses guaraníes como los helénicos, como el propio Jehová de los judíos, busca en la venganza y el castigo la armonía de las acciones humanas.

Por eso Ñandurié quedó metamorfoseada en despreciable víbora a la que todos persiguen; y su veneno es el más activo de todas las víboras de esas regiones.

Por eso Icipó, la que sin ser la matadora no evitó el dolor y la muerte que pudo evitar, quedó trocada en planta, la que por un irónico castigo, castigo el más ejemplar, está obligada a hacer hasta la consumación de

los siglos lo que no hiciera en su breve vida humana: ser contraveneno, y contraveneno de víbora. Sus ramas, partidas y puestas en aguardiente o caña, constituyen un eficaz remedio para la mordedura de la víbora.

Y he aquí cómo esta hermana cómplice de la matadora, le hace guerra y realiza la acción buena que debió realizar, si el generoso sentimiento que la posee en planta la hubiese poseído en humana forma. Y así Ñandurié está condenada a ver cómo su hermana y rival destruye su venenosa acción. ¡Castigo único que sólo la Naturaleza pudo idear, tan sutil y tan noble, porque castiga haciendo el bien!

EL PAYÉ

Entre las mil y una supersticiones trasmitidas de los indígenas prístinos a los actuales moradores del litoral, se halla el *payé*, especie de amuleto de la buena suerte, llave del triunfo.

El *payé* ha sufrido profundas trasformaciones al contacto de las creencias católicas, y así, del primitivo *payé* fabricado con elementos indígenas, se ha llegado a hacer actualmente *payés* en los que intervienen santos y agua bendita.

El primitivo *payé*, el indígena, empleado particularmente para quebrar el *no* de la mujer amada y desdeñosa, era algo difícil de construir, dadas las circunstancias y los materiales que requería.

Quien deseaba construirse un *payé*, debía ante todo recluirse en la soledad, lejos de todo ser humano. Después quedarse dos o tres días sin comer en absoluto, comenzando la abstinencia a media noche y en noche de luna. Por último, a la luz de ella, comenzar la búsqueda de los elementos que habrían de constituir el *payé:* cera de *curundú* y cuero de *mbói loro.*

El *curundú* es un coleóptero, especie de avispa salvaje y solitaria. El *mbói loro* es una pequeña víbora verde. Se mata a ésta y en su cuero se retoba la cera del *curundú;* para que las dificultades se acrecienten hay que hacer notar que el panal del *curundú* es muy difícil hallarlo, pues lo sabe ocultar admirablemente entre el ramaje, y el cuero de *mbói loro* que ha de usarse debe ser de víbora virgen. De aquí que el *payé* tuviera prestigio siempre: si fallaba, y su poseedor

no obtenía éxito en la empresa, atribuíase a la mala construcción del *payé:* o la víbora no fué virgen o el ayuno no fué completo o lo soledad no fué absoluta... Porque los guaraníes creían a ojos ciegos en la eficacia del *payé.* Su origen se remontaba a lo sobrenatural, y entronca con una edificadora leyenda, la que narraré.

Antes voy a citar algunas curiosas modificaciones del *payé* que han podido recoger naturalistas como Ambrosetti y Holmberg, visitantes de la región misionera.

Hay *payé* que ha sido mojado con agua bendita, y se le llama *bautizado;* quien lo usa no debe llevarlo durante sus relaciones sexuales. Hay otros hechos con huesos de difunto, pulverizados y mezclados con cera virgen. *Payés* hay en los que se ha puesto una piedra imán, a los cuales, dicen los ingenuos comarcanos, "hay que darles de comer"; y de vez en vez le agregan pedazos de aguja que, según general creencia, el *payé* traga.

Hay un *payé* que toma el nombre especial de *curuzú,* eficaz contra las heridas de

bala, y fabricado con cierto paño que se coloca en las cruces bajo la cual se enterró un asesinado.

Hay *payés* hechos con imágenes de santos, en madera de raíz de laurel: San Felipe, San Santiago, San Marco y, particularmente, San Antonio. A éste se lo emplea para encontrar objetos perdidos; pero es un *payé* que exige sus cuidados, y hay que velarle todos los años en su día, pues sino su dueño corre peligros.

Hay dos *payés* construídos con dos santos de creación regional: *San Son* (al que han hecho el patrono de la fuerza, pues suponen santo al Sansón forzudo del Antiguo Testamento) y *San la Muerte*. Al primero se le construye con cuerno de toro. Al segundo se le da una forma de esqueleto, y se le fabrica en plomo: protege en las peleas; pero no se debe usar sino con precaución: quien pelea con él, mata a su adversario, infaliblemente.

Los *payés* exigen sus atenciones y mimos; y si quien los llevara no usó unas y otros, el *payé* "se le pone bravo", según

frase popular; se vuelve contra el propio poseedor, y le atrae desgracias. Para librarse de ellas, el poseedor debe ir a la iglesia y hacerlo bendecir de nuevo.

Como se ve, la religión católica se ha apropiado del amuleto, y en manos de sus sacerdotes, por virtud del culto de sus santos, está el darle virtudes todopoderosas o el quitárselas. El poder de los taumaturgos indígenas, generalmente los constructores de *payés,* ha pasado al de los curanderos — semiadivino, semibeato — en complicidad con los sacerdotes; y el dinero todopoderoso ha concluído por adueñarse de este amuleto; ya hoy se cobra por fabricar *payés.* Y ellos que tuvieron su origen en la leyenda y el sacrificio, han terminado por ser objeto de lucro...

Mas purifiquémonos en las aguas lustrales del candor popular; abrevemos en lo legendario.

Payé era el hijo primogénito del *rubichá* de la más poderosa tribu. Ya anciano el

cacique, Payé era el indicado a sustituirle no sólo por su primogenitura, sino que por su valor y fuerzas se le consideraba el más esforzado guerrero de la tribu. Le habían visto innumerables combates en los que estuvo a punto de morir, y para asombro de todos, siempre salió ileso. Jamás la más leve rasgadura cruzó el bronce de sus músculos atléticos; y esta circunstancia, unida a la de su valor y fuerzas, hacía que todos lo considerasen un ser sobrenatural o, al menos, el protegido por un ser extraordinario. Y lo acataban.

Payé, en efecto, era el protegido de un ser sobrenatural: *Yaçî*. Ésta se le había aparecido en una noche tormentosa, cuando el joven andaba por las selvas cazando. Ella le había enseñado el modo de fabricarse el primer *payé;* de ahí que en lo sucesivo era en noches de luna que debiera salirse a encontrar sus componentes.

Payé, dotado de vigor y arrojo naturales, adquirió invulnerabilidad, como aquel héroe de la *Ilíada;* y como él fué invencible.

Pero no había de faltar a Payé la prueba

en la que pudiese demostrar su temple físico y moral. Su madrastra envidiábale el preeminente puesto que en la tribu se le daba. Madre codiciosa, quería para su hijo lo que su hijastro poseía; e iniciada en el culto del mal, se valió de sus brujerías para combatir contra quien, aunque inocente, era el motivo de su envidia.

Añá la enteró a qué debía Payé su virtud, y la concitó a que, imitando el exterior del amuleto, hurtara el que el joven poseía y lo sustituyera por el falso. No sólo entonces su hijo poseería la invulnerabilidad de su hijastro, sino que éste, creyéndose dueño del talismán, echaríase a los combates con su temeridad de costumbre, confiado en él, y moriría. Muerto el hijo primogénito del *rubichá*, el otro lo sustituiría en el mando de la tribu.

El *Añá* indígena, posee la elocuencia que en todos los ritos se le atribuye al genio del mal; y la madrastra quedó seducida por sus palabras. Lo puso en práctica. Fabricó otro *payé*, aunque falso, porque ignoraba cómo debían fabricarse los verdaderos, que tales

cosas no las sabe *Añá;* y aprovechando el sueño de Payé, sueño que ella misma hiciera más profundo mediante una cocción de hierbas, sustituyó el amuleto virtuoso que él siempre llevara consigo, por el falso.

Pronto llegó el instante de la prueba. La tribu salió a dar batalla con otra, y Payé que, según su acostumbrada osadía habíase echado a luchar el primero, fué el primero en caer gravemente herido. El hijo de la bruja, en cambio, a pesar de su juventud, llevó a cabo inauditas hazañas. Se expuso al peligro y resultó ileso.

La multitud siempre está dispuesta a mudar de ídolo; y después de aquel combate dió sus vítores al nuevo prestigioso guerrero, en tanto el otro yacía olvidado y moribundo.

Mas no permite *Tupá* — dice un aforismo guaraní — que el mal triunfe mucho tiempo. Así ocurre en todas las literaturas populares: el triunfo del mal en ellas es momentáneo, y sólo es una prueba de la

cual los héroes del bien surgen cubiertos de mayor luz, para irradiarla.

Payé no murió; pero en su convalecencia lo torturaba el pensamiento de que el talismán hubiera perdido su virtud.

Un *gua-á* — el pájaro que habla — enviado por *Yaçî*, fué quien le explicó todo: la traición de su madrastra la bruja que poseía su *payé*, y el peligro de morir en que había estado.

Él fué también quien le indicó el modo de robar el amuleto: le enseñó a hacerse invisible a voluntad. He aquí cómo:

Le hizo que matara a un *tingazú* o *guira payé*, pájaro muy difícil de hallar, y que lo llevara a un sitio apartado. Allí cavó un pozo y lo hizo enterrar, habiendo antes agujereado su cabeza y colocado tres semillas en los sesos. De ahí brotó una planta cuyas hojas tienen la virtud de tornar en invisible a quien se las pone en la boca (1).

---

(1) Esta creencia perdura aún entre los habitantes cristianos del litoral, aunque con las modificaciones que el nuevo culto ha introducido: Al pájaro debe matárselo un día viernes, y enterrarle

Payé cogió una, y de noche fué al lugar donde su hermanastro dormía. Así pudo apoderarse de su talismán nuevamente, y sustituirle por el falso, sin que su vigilante madrastra reparara en él.

En el siguiente combate, Payé volvió a realizar sus estupendas hazañas, en tanto su hermanastro caía muerto. La madrastra enloqueció de pena, y ululando de dolor, comenzó a correr por los campos y bosques hasta desaparecer para siempre. Su cuerpo humano, se trasformó en el de un ave de rapiña: el *urubú* o *iribú*, especie de cuervo cuyo alimento preferido es el excremento humano. De este modo, el numen popular ha castigado su perfidia.

---

en lugar desde donde no se oiga el canto del gallo. Día y ave, como se ve, simbólicos en el cristianismo. Una vez brotada la planta, se lleva al sitio un niñito; se lo coloca a algunos pasos de distancia y, poniéndose una de las hojas sobre la lengua, se le pregunta si aún lo ve. El niño va a responder la verdad, dada su inocencia: sí o no. Si dice: sí, se prueba otra hoja; hasta que con una de ellas se haga invisible de la criatura.

Y desde aquel Payé, vencedor del mal, corre de boca en boca la tradición del amuleto maravilloso, capaz de milagros tan inauditos que en él confían muchos galanes sin ventura para quebrar la voluntad de la mujer que aman y los desdeña.

IZAPÍ

I

Izapí era joven y hermosa. Hija de uno de los más poderosos *rubichás,* era requerida de amores por los guerreros más terribles, los que deponían ante su hermosura y su juventud los trofeos arrebatados al enemigo con peligro de muerte. Pero Izapí no respondía a esos halagos, y desdeñosa

pasaba ante los valientes guerreros que a su hermosura y juventud se rendían, porque Izapí no amaba; Izapí no podía amar. Tal era su temperamento. Indiferente al dolor, se la llamaba también *La que no lloró jamás,* porque nadie vió nunca que de sus ojos negros cayeran lágrimas.

Los más espantosos desastres azotaron a los suyos. Una inundación del río Uruguay se llevó las tolderías, y en ella perecieron ahogados niños y mujeres; Izapí no lloró. Y en tanto, mujeres y hombres también se daban al dolor en medio de llantos y lamentaciones, Izapí, indiferente, puestas sus hermosas pupilas negras allá lejos, como si buscase detrás de la línea azul del horizonte, nada veía, no oía nada.

Su padre, el viejo *rubichá,* sentía un entrañable cariño por aquella hija desdeñosa al amor de todos; y en su egoísmo paternal, la veía como algo más suyo, ya que estando en edad del amor, no amaba. Él la protegía de la cólera de todos los de su tribu que de buena gana la hubiesen sacrificado, pues la miraban como agorera, y sin-

dicábanla como portadora de todas sus desventuras. Hubo mago que propuso someterla al martirio para obligarla a llorar, porque — y esto se lo decía su ciencia que consultara a un sapo puesto a la luz de la luna — si Izapí lloraba, la desventura de la tribu se trocaría en dicha y sus derrotas en triunfos. Pero al comunicárselo al viejo jefe, fué tal la cólera de éste que ordenó matar al mago. Y con su propia mano, aun cometiendo un espantoso sacrilegio, hubiese muerto al brujo si éste no fugara.

Mas la desgracia seguía cebándose en la tribu: En un combate sostenido contra los feroces *guaycurúes,* la tribu del viejo *rubichá* fué dispersada por los montes; cayeron en poder del enemigo las más hermosas de sus doncellas, y bajo sus armas los más temibles de sus guerreros. Una hermana de Izapí, hermosa como ella, pero de corazón blando y destinada a ser *cuñá-taí,* cayó prisionera del jefe enemigo. Un hermano, el más valiente, fornido y hábil de los guerreros de la tribu, el destinado a sustituir al

viejo *rubichá,* fué encontrado agónico entre los matorrales.

Después de aquello, la tribu, reducida a unas pocas mujeres y a un puñado de combatientes, rodeando a su cacique anciano, mudo de dolor y de despecho, se refugiaron en las selvas. Izapí estaba con ellos, indiferente como de costumbre, sin que sus pupilas negras se empañasen con una sola lágrima. La anciana *cuñá-taí* de la tribu consultó los astros de nuevo; puso en su consulta los talismanes y sortilegios de su sabiduría, y volvió a decirle: "Para desviar la malaventura que azota a los tuyos, es preciso que Izapí llore." Pero ¿cómo hacer llorar a la indiferente? ¿Cómo sacar agua de la roca sin un poder que la *cuñá-taí,* pese a su decantada ciencia, no poseía? Ya que el dolor ajeno no era capaz de hacerla llorar, preciso era que el dolor se probase en ella. Mas ¿cómo hacerlo si ella estaba protegida por el amor ciego del anciano *rubichá?*

II

Cierto día en que Izapí, silenciosa, según habitualmente estaba, iba por un camino, le salió al encuentro una arrugadísima y decrépita viejuca. Con voz quebrada y claudicante, tanto que sólo era un soplo de voz, rogóla que la cogiese algunas ramas y con ellas hiciese un haz para llevarlo a su choza y calentarla, porque un nieto suyo, muy enfermo, se moría allí de frío. Izapí, indolente y desdeñosa, no ayudó a la anciana. Postróse ésta de rodillas y la rogó llorando, con voz más quebrada aún; pero la doncella como si fuese ciega y sorda, siguió su camino... Siguió su camino hasta encontrar otra mujer, todavía joven y con un niñito en brazos. Se le acercó ésta; su faz pálida, sus pupilas llorosas, su gesto demudado, denunciaban que el dolor había hecho presa de su alma. Y la rogó si sabía de algunas hierbas buenas que pudiesen curar a su niño, porque su niño se le moría en sus propios brazos. Izapí sabía de esas hierbas; no

hubiese tenido más que internarse en los bosques por ella tan conocidos y traerlas a puñados, a brazadas; pero Izapí, desdeñosa, indiferente al dolor de esta madre como antes lo había sido de aquella abuela, siguió su camino... Siguió su camino por poco trecho, pues, una fuerza la obligó a detenerse y a escuchar a sus espaldas la voz de la *cuñá-taí* de la tribu que invocaba a *Añá*, el señor de las tinieblas, el amo de los maleficios:

—*Añá*, permite que esta mujer que no se ha compadecido del dolor de una madre ni de una abuela, no sea ella nunca ni abuela ni madre. *Añá*, permite que esta mujer que nunca ha llorado, llore siempre, viva eternamente llorando. *Añá*, permite que esta mujer cuya dureza al llanto fué la causa de tantos males, sólo haga bien con su llanto a los demás que tan indiferentes le eran...

E Izapí ya no oyó más, porque ya no era humana su figura: Al terminar su invocación la *cuñá-taí*, la doncella quedaba convertida en un árbol.

Y desde entonces en las selvas tropicales, yérguese el árbol cuya es esta particularidad: de sus hojas se desprende continuamente un abundante rocío que refresca el aire. Es la doncella que llora, que llorará siempre, y con su llanto hace bien a los demás, a sus semejantes los hombres, que tan indiferentes le fueron cuando era forma humana la suya.

La leyenda, que no olvida su fin ético, ha querido hacer de la indiferencia al dolor ajeno, un símbolo del que se sacrifica a sí mismo y llora para bien de los demás, hasta del viandante incógnito que acierta a llegarse al pie del árbol que siempre llora y que lleva el nombre de la doncella que nunca lloró: Izapí.

EL IRUPÉ

El *irupé* o Victoria regia o *maíz del àgua,* con estos tres nombres se la conoce, es la más maravillosa de las plantas acuáticas. Crece en los ríos de Sur América y sobre todo en el Alto Paraná. No hay en la flora acuática nada más gigantesco ni más hermoso. De sus hojas, le ha venido el nombre guaraní de *irupé* (plato en el agua), pues son anchas hasta tener un diámetro de dos metros, y flotan en la superficie. Son tan fuertes que sobre ellas se posan garzas y fla-

mencos. Sus flores están compuestas de pétalos blancos los del centro y rojos los exteriores; exhalan un aroma semejante al de la flor del aire, intenso y dulce. De noche se cierran y sumergen debajo del agua "a dormir", según aseguran los naturales cándidos de las islas. Sus frutos son del tamaño de un coco y contienen una gran cantidad de granos comestibles, por los cuales le ha valido a esta planta su otro nombre de *maíz del agua*. En cuanto al de Victoria regia con que se la designa en los libros, le fué dado por algún naturalista inglés, en honor a la reina Victoria; admirado seguramente el hombre de ciencia, al ver la singular hermosura de esta planta. Todo es maravilloso en ella: sus hojas enormes y flotantes, sus flores hermosas, sus ricos frutos, su fragancia deliciosa, el sueño que a diario obliga a cerrar el pétalo de sus corolas, como si fuesen párpados mustios...

En un ser de tan maravillosa belleza como el *irupé*, justo era que el amor estuviese

poetizado, ya que es patrimonio de los seres mejor dotados por la Naturaleza, el cubrir el acto de su perpetuación con una pincelada de artista. No falta el *irupé*, ¡tan bello!, a esta ley: En el momento de la fecundación aparecen sobre la superficie de las aguas; sus pomposas flores coloradas y blancas dan perfume a los aires, se cierran y ocultan definitivamente bajo las aguas, para esparcir las semillas que las hará perpetuarse...

Tan original como hermosa manera de exteriorizar el amor, es digna de una loa en verso; mas ha de resignarse con que la teja una leyenda en prosa.

Morotí y Pitá se amaban; y si él era el más esforzado y fuerte de los guerreros de la tribu, ella era la más gentil y hermosa de las doncellas. Pero no estaba en los designios de *Ñandé Yara* el que fueran felices: Inspiró una mala idea a la joven: acicateó su coquetería.

Una tarde, al caer del crepúsculo, en que

varios guerreros y doncellas se paseaban por las orillas del Paraná, Morotí dijo:

—¿Quieren ver todo lo que es capaz de hacer por mí este guerrero? ¡Miren!

Y, diciendo tal, sacóse uno de sus brazaletes y lo arrojó al agua.

Después, volviéndose hacia Pitá, díjole:

—¡Lo quiero!

El esforzado y fuerte Pitá que, como buen guerrero guaraní era un excelente nadador, se zambulló en el agua, en busca del brazalete. Mas esperaron inútilmente que apareciera.

Morotí y sus acompañantes, alarmados, comenzaron a dar gritos... En vano todo; el guerrero no aparecía.

La desolación corrió pronto por la tribu. Lloraban y lamentábanse las mujeres, en tanto los ancianos hacían conjuros para que volviese el desaparecido.

Sólo Morotí, muda de dolor y arrepentimiento, como ajena a todo, no lloraba siquiera.

El hechicero de la tribu, Pégcoé (Profundo), explicó lo que ocurría. Dijo Pég-

coé con la certeza de quien todo lo hubiese visto:

—Pitá es ahora el prisionero de *I cuñá payé* (Hechicera de las Aguas).

Hundido en las aguas, Pitá se ha visto preso por la propia hechicera, y conducido a su palacio. Allí, Pitá ha olvidado toda su vida anterior; ha olvidado a Morotí, y se ha dejado amar por la hechicera; por eso no vuelve. Es necesario ir a buscarlo. Se halla ahora en la más rica de las cámaras del palacio de *I cuñá payé*. Y si el palacio es todo de oro, la cámara donde ahora Pitá se halla en brazos de la hechicera, está fabricada toda de un diamante. Bebe olvido en los labios de la hermosa *I cuñá payé* que tantos bellos guerreros nos ha robado. Por eso Pitá no vuelve. Es necesario buscarlo.

—¡Yo le buscaré!—exclamó Morotí — ¡Yo le buscaré!

—Tú debes buscarlo, sí — dijo Pégcoé. — Tú eres la única que puedes rescatarlo del amor de la hechicera. Tú eres la única, si en verdad lo amas, que puedes con

tu amor humano vencer el amor maléfico de ella. ¡Ve, y tráenoslo!

Morotí atóse a los pies un peñasco, y se arrojó al río.

Toda la noche esperó la tribu la aparición de ambos jóvenes: Llorando las mujeres, cantando los guerreros, y haciendo conjuros vencedores del mal, los ancianos.

Con los primeros rayos de la aurora, vieron flotar sobre las aguas las hojas de una planta desconocida: era el *Irupé*. Y vieron aparecer una flor hermosa y rara, tan grande, bella y aromosa, como nunca vieron otra flor sobre la tierra. Sus pétalos eran blancos los del centro y rojos los del exterior. Blancos como era el nombre de la doncella desaparecida: Morotí; rojos como el desaparecido guerrero: Pitá. Exhaló un suspiro la flor bella y volvióse a sumergir sobre las aguas.

Pécgcoé fué quien habló, explicando lo que ocurría a sus desconsolados compañeros. Dijo:

—Pitá ha sido rescatado por Morotí. ¡Alegrémonos! Ellos se aman. La malévola

hechicera que tantos guerreros nos ha robado para satisfacer su amor, ha sido vencida por el amor humano de Morotí. ¡Alegrémonos! En esa flor que acaba de aparecer bajo las ondas, yo he visto a Morotí en los pétalos blancos a los que abrazaban y besaban como en un rapto de amor, los pétalos rojos. Estos pétalos rojos representan a Pitá. El amor humano ha vencido. ¡Alegrémonos!

Y, descendientes de Morotí y Pitá, son esos hermosos *irupés* que decoran las aguas de los grandes ríos. En el instante del amor, aparecen sobre las aguas las bellas flores blancas y rojas del *irupé;* se besan sobre ellas, y vuelven a sumergirse, porque surjen para recordar a los hombres que, si por satisfacer el capricho veleidoso de la mujer que amaba, un hombre se sacrificó, esta mujer supo rescatarlo sacrificándose a su vez por el amado. Y si la flor del *irupé* es tan bella y fragante, lo es por haber nacido del amor y del arrepentimiento.

Tal es la leyenda.

EL MAÍZ

El maíz es una planta originaria de América a la que los indígenas — según nos lo atestiguan distintas tradiciones — conservaban veneración profunda.

Maíz, en la lengua de los guaraníes se dice *abatí*, y quiere significar *nariz del indio*. La leyenda explica tal significado. Según ella, dos cazadores amigos fueron protegidos por *Ñandé Yara*, el Gran Espíritu, quien les envió un guerrero para que lucharan con él; el vencido sería enterrado, y

de su cuerpo saldría una planta cuyos frutos serían rico alimento de las generaciones sucesivas. Así fué: lucharon ambos cazadores con el guerrero, y el vencido fué enterrado; pero, como lo fuera de noche, fué mal sepultado y quedó su nariz afuera. Un año después, del sitio donde salía la nariz, brotó una hermosa planta que, en recuerdo a este hecho, fué denominada *abatí*.

La espiga del maíz simbolizaba la unión entre los guaraníes, porque recordaban que ella era debida a un hombre que se había sacrificado por los otros.

Esta creencia de que el maíz se debiera al sacrificio voluntario de un hombre en bien de la comunidad, la participaban diversos pueblos de América, y hasta era común a los pieles rojas, pueblo feroz y eminentemente guerrero.

A un poeta culto de América se le ocurrió que el maíz pudiese ser oro escondido que salía en esa forma, y con tal tema forjó una balada. Pero este rasgo de codicia no es propio de pueblos primitivos, eran más generosos. Si ellos veían en el maíz *el tri-*

go americano, el cual diariamente los salvaguardaba del hambre, y a quien recurrían para fabricar el alcohol de sus fiestas, lo debían ver como la reencarnación de un acto notable, y simbolizaron en él un espíritu de sacrificio.

De boca de un anciano, por cuyo arrugado rostro se extendía el cobrizo color de los indígenas, y cuyos rasgos aguileños denunciaban al pampa neto, descendiente de aquellos terribles araucanos que aun estremecen la epopeya en las octavas reales de *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, he oído yo una leyenda relativa al maíz. Procede, ya se ve, de la raza de indios más indomables de América, y de ella es también el espíritu de sacrificio que florece: su héroe es un mártir.

En cierta tribu reinaba el hambre más imperiosa. En vano los guerreros más diestros habían salido de caza; la sequía era

obstinada, y los animales, acosados por ella, huían. En vano erraba la tribu también en busca de lugares menos castigados. El *machí* (adivino de la tribu), rodeado de los *machís* menores y de los novicios, empleaba todos los conjuros de su misteriosa ciencia, a fin de aplacar las iras de *Huecuvú*. Al cabo de muchas penas, el *machí*, inspirado por *Huecuvú* seguramente, ya que tenía el dón de comunicarse con él, dijo que el Malo estaba dispuesto a dar un nuevo alimento a los hombres; pero que a cambio de él, exigía el sacrificio voluntario de uno de ellos, el cual tenía que morir de hambre para que los demás se salvaran.

Varios se ofrecieron. Hubo de tirarse a la suerte, y el escogido fué atado a un poste, cara al sol naciente.

Según era costumbre en sus ceremonias, fueron inmoladas dos zorras blancas, cortándoseles la cabeza y la cola. Y allí quedó el sacrificado aguardando la muerte. Tardó ésta en venir; y en tanto el *machí*, seguido de la tribu entera, danzaban en torno del que iba a morir por ellos. Danzaban y be-

bían, cantando alegremente, porque así querían demostrar al feroz *Huecuvú* que alegremente acogían sus mandatos.

Una tarde, vió el curandero de la tribu que el sacrificado entraba en la agonía; y se dispusieron a hacer una suntuosa fiesta para celebrar su muerte. Pero esa noche se desató un vertiginoso pampero, y nadie pensó más que en resguardarse de su ira terrible. Tres días duró. Al cabo de ellos, un amanecer, fueron a ver al sacrificado. Ya no estaba allí, pero en su lugar se alzaba una planta de anchas hojas, en medio de las cuales relucía una dorada espiga: era la planta del maíz.

EL NUEVO SER

Un nuevo ser, hasta entonces desconocido — narra una tradición de los indios *guaycurúes* — cruzaba la selva. Más alto que el más alto de los monos, guardaba semejanza con éstos; pero su piel era menos velluda, su cara de facciones más regulares. Y andaba en dos pies, erguido... De pronto oyó una voz que le imploraba:

—¡Sálvame!

Y el nuevo ser divisó a una enorme serpiente que, presa de un círculo de fuego, en vano luchaba por salir. Rompió un largo tronco y, por encima de las llamas se lo alcanzó a la serpiente. Anillóse ésta en una rama y su salvador la sacó del círculo de fuego. Mas no bien la serpiente se vió libre, enroscándose al mismo que la salvara, intentó estrangularlo. Protestó el otro; la acusó de desleal. Y arguyó la serpiente:

—¡Cumplo la ley de la vida! Dice la ley: El que hace bien recibe mal.

Y apretó más los terribles anillos al cuello de su salvador. Aun protestó éste:

—¡No! ¡No es así la ley!

—¡Te convencerás! Por tres veces te convencerás de que es así. ¡Vamos!

Y, aunque siempre arrollada a sus brazos y cuello, la serpiente le dejó libres las piernas.

—¡Vamos! — respondió el atribulado. Y echáronse a andar.

Llegaron así ante un arroyo. Y ayuló el agua:

—Yo hago bien a todos y todos me pa-

gan con mal. Yo aplaco la sed de todos y todos entran en mi corriente y enturbian mis aguas.

—¡Una! — anotó la serpiente.

—¡Vamos! — dijo el otro. Y volvieron a andar.

Llegaron ante una palmera. Su tronco, herido en diversas partes, dejaba correr la savia. Y se quejó la palmera:

—Yo hago bien a todos y todos me pagan con mal. Yo doy mis frutos y mi sombra, pero no bastan, y cuando ya no poseo cocos, los que pasan hieren mi tronco y confortan su sed bebiendo mi savia. Voy a morir por la ingratitud de los mismos a quienes sólo hice bien.

—¡Dos! — anotó la serpiente.

—¡Vamos! — dijo el otro. Y volvieron a andar.

Unos lamentos los llevaron al sitio de donde partían; y allí vieron a un perro que, con la pata metida en una bolsa, se lamentaba:

—¡Ay! — Yo hice el bien y se me pagó con mal. Hallé a un *puma* herido; lo curé,

y cuando repuso sus fuerzas, se abalanzó contra mí para devorarme. Pude meterme en una cueva; pero me hirió esta pata con sus garras. En el fondo de esta bolsa tengo una calabaza con leche para curar mis heridas. Ayúdame, compañera serpiente.

Golosa ésta, abandonando a su prisionero, entró en la bolsa dispuesta a beber la leche, su más codiciada golosina. Pero no bien estuvo adentro, el perro cerró la bolsa, y revoleándola con todas sus fuerzas, la dió contra un tronco de quebracho. La dió una y otra vez, hasta matarla.

Acercóse el can al nuevo ser de las selvas y le dijo:

—Compañero, te he salvado.

Hasta aquí la tradición *guaycurú;* pero no dice ella — porque en el candor popular no cabe tanta perfidia, — no dice ella que el nuevo ser, por toda respuesta, aprisionó al perro, su salvador, y lo hizo su esclavo.

Este nuevo ser era el hombre.

Hay una leyenda rusa que narra la ingratitud de una serpiente, a la que un campesino halla helada en la nieve, la recoge, calienta en su pecho y al que ella muerde.

Es de notar la similitud que existe entre algunas leyendas del folklore asiático y europeo oriental y las de los aborígenes americanos. Son coincidencias demasiado sugestivas para que no llamen la atención. Aun más: un cuento popular ruso recogido por Savelieff, trae este mismo tema de la tradición guaycurú. Los protagonistas son un mujic y un lobo. Más mística que el alma indígena de América, el alma rusa hace intervenir en ese cuento las fuerzas sobrehumanas para realizar la justicia definitiva, que no aparece en la tradición guaycurú.

APÉNDICE

AGUARAIBÁ. — Voz de la cual se han deducido las de *aguaraibai* y *guaribai,* con las que también se nombra al árbol. El primero es el nombre más común; sin embargo, desde un punto de vista lingüístico, guaribay debía ser su verdadero nombre. Proviene de dos vocablos guaraníes: *guari* (cosa torcida) e *ibá* o *ibaí* (fruto o árbol); de lo cual podría deducirse: árbol torcido; característica principal de su tronco tortuoso, como de cuerpo que se contorsiona en un espasmo.

Es árbol propio del norte y litoral argentino y de las regiones suroeste del Brasil, al que también se conoce por aruera en español, *aroeira* en portugués y *molle* en quichua.

Dice el *Vocabulario Rioplatense,* de Daniel Granada:

Arbol terebentináceo, de palo negro, hojas estrechas, agudas, dentadas, parecidas a las del sauce llorón; florecitas blancas en racimo y semilla negra a manera de granos de pimienta; del cual los jesuítas de las Misiones del Paraná y Uruguay hacían un jarabe y pasta llamados bálsamo de Misiones, *al que se atribuían varias virtudes curativas, considerándosele eficaz particularmente en los reumatismos, heridas, úlceras, males de orina, debilidad de estómago y cólicos...*

Pero este *aguaraibá* es el llamado por otro nombre más típico aruera mansa, a fin de distinguirlo de la aruera mala. Este árbol tiene como el otro tortuosos el tronco y las ramas, pero distintas las hojas, que son más anchas y cortas.

La aruera mala es uno de los vegetales más famosos de la región que baña el Uruguay, y de él los comarcanos dicen fantasías. El *guaribai bravo,* como también se le llama — por esa virtud que tienen los

perversos de despertar la curiosidad y atraer sobre ellos más apelativos que los buenos. — (En todo idioma hay más sinónimos para designar el mal que el bien). El *guaribai bravo,* aseguran, tiene la propiedad de excitar de tal modo a las personas que con sólo pasar bajo él o acercársele, da a ellas una especie de fiebre con vahidos, se les nubla la vista y hasta les salen erupciones en la piel.

CABURÉ. — Es un pajarillo de color castaño y manchas blancas en alas y pecho. Arriba de los ojos, que lo son fieros y de mirada fija, tiene unas manchas oscuras que le dan más aterrador aspecto. Cabeza grande y potente pico, patas belígeras, armadas de garras demasiado poderosas para el tamaño del animalito y que hacen de él un implacable carnicero de los demás pájaros, aun de otros de mayor tamaño, a los que mata metiéndoseles bajo un ala y hundiéndoles su potente pico en el cuerpo.

El *caburé,* por otra parte, es un impasi-

ble matador; nada lo perturba: cruel y seguro de sí, valido del terror que su agrio chillido infunde en las demás aves, aguarda que éstas se le acerquen como fascinadas, para bajar de su sitio y comenzar la carnicería. Esta propiedad, le ha valido en algunas provincias del mediterráneo el mote de *El rey de los pajaritos*. Su mirada, sobre todo, es particularmente notable: fija su iris de tinte amarillento con reflejos metálicos en la víctima que se apresta a ultimar; y ésta, paralizada por el terror, ni se atreve a moverse. Los campesinos atribuyen a esa mirada penetrante alguna misteriosa virtud de brujería.

El *caburé* es un misántropo; solo siempre, como si un dolor hondo lo impulsara a huir de toda compañía, vive en lo más alto de la copa de un árbol, inmóvil en su ingénita hurañez, y de pronto lanza un grito hiriente. La turbamulta de las demás aves: chingolos, mixtos, jilgueros, cabecitas negras, como obedeciendo a ese llamado se aproximan al déspota y giran a su alrededor. De súbito, con un certero picotazo,

mata a uno y lo deja caer en tierra; y así, después de elegir sus víctimas, baja a comerles las entrañas, abandonando el resto.

CURIYÚ. — El primero que nos habla de esta boa gigantesca es Ulrich Schmidel, el soldado de don Pedro de Mendoza. Pudo verla él a orillas del río Paraná, cerca de la laguna Iberá. Dice:

Hallamos estirada en la tierra una serpiente extremadamente grande, que medía 25 pies de largo y gruesa como un hombre, overa de negro y amarillo; y la matamos con un arcabuz. Y eso que la vieron los indios se maravillaron de su tamaño, porque jamás habían visto otra igual. Esta serpiente, según nos contaron, los tenía mal a los indios; porque cuando se bañaban siempre solía estar oculta en el agua, envolvía a los indios con la cola y zambulliendo con ellos se los tragaba; así que muchos indios desaparecían sin que se supiese la suerte que habían corrido. Yo mismo medí esta serpiente con carne y todo, así

que me doy cabal cuenta de cómo era de larga y gruesa. Esta serpiente después los indios la despedazaron, la asaron, la hicieron hervir y se la comieron en sus casas (1).

El relato del fantaseador alemán, por cuya imaginación kaleidoscópica se pintaron magnificadas la flora y la fauna del nuevo continente, se vió esta vez ratificado. Muchos son los que han escrito con asombro acerca de esta *curiyú*, boa de singular tamaño y poder terrible. Por otra parte, la laguna Iberá — cuna de la espantable bestia —, por el misterio que la circuye permite que acerca de ella, sus esteros y albardones impenetrables, y sus fieras misteriosas, se urdan las más increíbles fábulas. Las cree el pueblo campesino de los alrededores, y las engrandece aún, mediante esos dos cristales que se llaman candor y miedo; y así, acerca de la laguna y sus isletas, como del *yaguareté*, el *yacaré* y la *curiyú*, sus más fieros habitantes, repiten extrañas cosas: De la *curiyú* dicen que es ca-

(1) *Viaje al Río de la Plata.* Cap. XVII.

paz de ingerirse un animal vacuno entero; que no traga la cabeza para evitar que sus cuernos la hieran y que, con ésta fuera de la boca, anda dos o tres días, hasta que digerido el resto del animal, ella por sí sola cae.

Pero lo que un razonador naturalista explicara, quiere la leyenda explicarlo también, y no por el razonamiento, sino por la emoción. Allí donde la ciencia pondría una larga serie de antecedentes biológicos engendradores de la actual *curiyú,* la leyenda, más explícita, más sintética, crea un personaje fabuloso, hace que el amor intervenga, y la monstruosa *curiyú* queda creada.

Esta forma serpental con que los españoles la describieron por primera vez, no constituyó su forma prístina: *Curiyú* era antes un enano al que se le llamaba en guaraní *I-Yara.*

Era este enano de faz repulsiva y grandes barbas blancas; vestía un traje de pieles de carpincho y su melena era roja. *I-Yara,* a quien servían en sus acuáticos domi-

nios seres tan monstruosos como *Piraú* o *I-póra* o *Yaguarú*, poseían el dón de metamorfosearse. Era lúbrico y rapaz; trasformado en flamenco robaba doncellas de los contornos; trasportábalas a sus misteriosos dominios de la Iberá, impenetrables para todo ser que no volase, y allí, reduciéndolas a su diminuto tamaño, las sometía a la esclavitud.

Aseguraban los indios haberle visto rodeado de infinidad de mujeres pequeñitas que cantaban quejumbrosamente, vagar por entre las espadañas y los quebrachales, para huir rápidamente en cuanto el *chahän* alertaba con su estrídula voz, anunciando la proximidad de seres humanos.

LAGUNA BRAVA. — Los guaraníes — y como ellos todos los pueblos aborígenes del Nuevo Mundo — atribuían conciencia a la Naturaleza. Capaz de comprender las acciones buenas o malas de los seres humanos, la naturaleza reaccionaba ante ellas, en ocasiones, para premiarlas; pero más

comúnmente para castigo de quienes ya habían eludido el de los hombres. Aparecían entonces seres fantásticos como gnomos, diablos y otros engendros de los que la imaginación tropical desarrollada en el misterio de las selvas, se mostró fecunda.

Los *cerros bravos* y las *lagunas bravas*, con sus fenómenos ígneos, sus temblores, sus lamentos y sus visiones, entran en el catálogo de lo sobrenatural como capítulo importantísimo (1).

Por todo el territorio argentino hay esparcidas lagunas a las que la creencia popular designa como *bravas*.

He aquí la historia ejemplar de una de ellas:

Era en tiempos anteriores a la llegada de

(1) La creencia de *lagunas bravas* no fué patrimonio exclusivo de los guaraníes. Los diaguitas del noroeste las tuvieron también, y aún aborígenes de Centro América y Méjico. Antonio de Herrera en sus *Décadas*, habla de una que se alteró sin viento y, espumando e hirviendo, se arrojó sobre la ciudad, anegándola. Habla asimismo de que, en medio de esta tormenta sin causa, aparecían cuerpos con dos cabezas y otros monstruos.

los guerreros blancos. En su choza solitaria vivía de la caza y la pesca un indio guaraní. Cazando, cierta vez, encontróse con otro cazador herido. Lo llevó a su casa y lo curó. Mal pagóle el herido cazador: Enamoró a la mujer de quien le había vuelto a la vida.

Despedíase, pero regresaba furtivamente, acechando sus ausencias largas de cazador.

Al fin resolvieron huir los amantes. Y así lo hicieron: Una noche, él la esperó a la orilla de una laguna con una canoa que guiaba un viejo pariente suyo.

Llegó la mujer y comenzaron a navegar. Puesta la laguna por medio, era difícil que el cazador pudiera dar con ellos, en caso de que los persiguiera.

Comenzaron a navegar... De pronto, la canoa empezó a dar tumbos. La laguna, siempre mansa, se había llenado de olas. El viejo barquero, a pesar de su destreza, en vano intentaba gobernarla. Y se alzaron entonces, desde el fondo de las aguas, amenazas y lamentos. Una multitud de pequeños seres, los *negros del agua*, salían de ella,

cogíanse con ambas manos a la canoa y pretendían volcarla.

Los amantes, despavoridos, se habían abrazado: Comprendían que la laguna les reprochaba su acción, y que iban a morir en ella ahogados.

Dijo él:

—Es preciso que vuelvas con tu marido.

Y el anciano remero:

—Uno de ustedes ha cometido un crimen. El que sea que se tire al agua, porque sino aquí moriremos todos.

—¡Yo he sido! — gritó la mujer, y confesó: Antes de salir y, para evitar que la persiguiera, había envenenado al marido.

En aquel instante, la canoa estuvo a punto de ser volcada por una enorme ola.

—¡Tírate al agua! — rugió el remero.

Y la mujer, como empujada por su propio terror, y sin que el amante tuviese tiempo de impedírselo, se arrojó al agua enojada.

Multitud de negrillos se apoderaron de ella y la hundieron. Ya no volvió a aparecer. Y en ese mismo instante la laguna cal-

móse y los dos hombres pudieron continuar su viaje a la otra orilla.

Hasta entonces, la laguna había sido mansa. Desde aquella noche fatal, convirtióse en *laguna brava.*

De vez en cuando, bramaba, llenándose de olas, como para recordar a los hombres el crimen que ella castigara. Y si había viento, éste llevaba la quejumbre de la adúltera, ahogada en la laguna vengadora.

El P. José Guevara en su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, narra la leyenda del hermoso lago Ipacaray, cercano a la Asunción. Este lago — cuyo verdadero nombre es Yupacaray, que quiere decir laguna bendecida — fué, mucho antes de la conquista española, un lugar poblado. Pero sus habitantes hubieron de ser castigados por haberse dado al vicio; y en aquel lugar, convertido de pronto en un embravecido lago, todos hallaron muerte, ahogados. Cuenta el Padre Guevara que allí se oían lamentos y voces de mujeres y niños pidiendo socorro. También se veían figuras de diablos y visiones fantásticas. Hasta aquí la leyenda aborígen y después viene la europea: Para evitar esto, un obispo exorcizó la laguna, que obediente al con-

juro cristiano, ya no dejó oír el lamento de sus ahogados ni ver más los demonios y seres fantásticos que la habitaban.

MOLLE NEGRO. — Era común en los pueblos aborígenes de la raza guaraní que en su centro hubiese una plaza, y que en medio de ésta se irguiese, negro y retorcido de tronco, poblado y áspero de follaje, un *aguaraibá* o *molle negro: El árbol de la sombra que mata.*

Este árbol era simbólico y ritual. Bajo de él, la *cuñá-taí,* y particularmente el curandero brujo de la tribu, realizaba sus exorcismos. A su pie, embriagado, hacía sus invocaciones al Mensajero de las almas, hasta caer en un profundo y agitado sueño en el que veía y oía al Mensajero supraterrenal. Vuelto en sí, narraba sus visiones y diálogos a los aterrorizados e ingenuos guerreros de su tribu.

Tradicional es aún en las provincias del litoral argentino, el considerar como maléfica la sombra del *molle negro.* Lo es, en verdad, particularmente de noche, porque

entonces exhalan sus hojas un narcótico que puede causar la muerte o, cuando menos, un sueño perturbado por alocadas pesadillas.

SALTO DEL MOCONÁ. — En las Misiones, allí donde el bravío Uruguay separa las tierras argentinas de las brasileñas, en la desembocadura del Pepirí Guazú, se halla el llamado Salto Grande o, con nombre de sabor más indígena: *El Salto del Moconá.*

Viajeros que lo han visitado, se hacen lenguas de su hermosura pletórica. Tiene de cinco a seis metros de alto y la forma de una S que, yendo desde la costa argentina, precipita las aguas en la costa brasileña, de tan violento modo, que constituyen un hervidero de espumas. Selvas tropicales, marañas impenetradas, fragantes bosques, constituyen su escenario, cuyo clásico mutismo perturba el son monocorde, son como de viento, de las aguas arrojándose sobre las peñas del lecho.

Tan hermoso salto tiene, por raro destino, una leyenda trágica. El episodio que le dió origen, según la ingenuidad comarcana lo asevera, es de traición y de muerte por parte de los hombres, y de justicia y venganza por parte de las deidades acuáticas que moran en los dos grandes ríos del litoral.

TUPÁ. — *Tupá* es Dios. Muchos autores han designado así al relámpago o al trueno; pero estos fenómenos tienen su nombre particular y onomatopéyico. Lo que *Tupá* es con respecto a ellos, según la cosmogonía guaraní, es el espíritu del trueno o del relámpago. Es decir, la fuerza propulsora, creadora. En una palabra: Dios.

El nombre de *Tupá* designando al Ser Supremo, es netamente indígena. Más adelante, cuando el catolicismo adapta y deforma las tradiciones aborígenes para utilizarlas en la conquista, *Tupá* se convierte en *Ñandé Yara,* lo cual quiere decir: Nues-

tro Señor. Vocablo que está denunciando, a ojos vistos, la intromisión extranjera.

TUYÁ. — Es el diablo de los guaraníes y quiere decir *viejo*. Se le atribuyen picardía, astucia y espíritu maligno; de ahí el que a las leyendas gauchas, haya pasado con el nombre de Juan Tuyá, porque Juan, mejor, don Juan, es el nombre que se le da al zorro, animal pícaro, maligno y astuto.

Tuyá, pues, se diferencia en mucho de *Zúpay*, el diablo de las selvas, personaje más basto y grave. No es difícil que este *Tuyá* picaresco, interpretado por los negros del coloniaje, corresponda al *Mandinga* de ellos, diablo joven, solapado y perverso.

En las leyendas de origen guaraní abunda el nombre de *Tuyá*. Se le pinta reencarnándose a fin de llevar a cabo sus fechorías. Hombre o animal u objeto inanimado, *Tuyá* es siempre un intrigante que ayuda al mal y contribuye a que se perpetúe y venza.

Pero no siempre fué viejo *Tuyá,* aunque sí fué siempre feo y mal formado. Son numerosas las leyendas en las cuales se le pinta joven y dado a las aventuras amorosas. Pero para éstas fué desdichado siempre. Su mala catadura y su cojera lo predisponían mal entre las doncellas aborígenes, y era rechazado. Una lo aceptó. Y la leyenda nos ha dejado su nombre: Potí, que quiere decir Flor.

Andaba *Tuyá,* joven aún, vagabundeando, quizás en busca de aventuras, quizás mascando algún desdén de los que agriaban su vida, y tal vez lo empujaban a hacer el mal siempre. Vagabundeaba *Tuyá,* cuando sentada a la puerta de su chocil, vió a una hermosa joven que tejía: era Potí.

Tuyá, lleno de precauciones, se le acercó y le pidió agua. Ella asustóse al principio: era tan deforme y negro el mozo aquel, le brillaban los ojos de una manera tan maligna... Le dió el agua y entablaron conversación. *Tuyá* contó cuentos, narró le-

yendas, dijo canciones; describió su vida, en la que buen cuidado puso de pintarse como un perseguido por la malaventura. La muchacha tejía y lo escuchaba, sonriente, olvidada de la fealdad de su interlocutor y de la repugnancia instintiva que en un principio la inspirara. Pasaron las horas; él hablaba y ella, escuchándolo, tejía.

Al fin *Tuyá* le declaró su amor y le pidió un beso. La exigencia volvió en sí a la muchacha, la trajo a la realidad: Ella no quería a aquel ser deforme y negro, de ojos malignos que se le entraban como dos flechas envenenadas.

Comenzó a balbucear; pero *Tuyá* la interrumpió. Claramente comprendía él lo que aquello significaba: iba a ser rechazado una vez más. No importaba, aquel día se sentía casto el falaz diablejo, sólo quería un beso de la hermosa Potí; pero hasta el beso le fué negado.

Y él propuso un convenio: Bien veía que Potí era una hábil tejedora; pues él, a cambio de un beso, le enseñaría a tejer una trama como nunca viera otra. Y se la descri-

bió, y trajo a cuento tan incomparables imágenes para describírsela, que Potí se sintió deseosa de aprenderla... Y le dió un beso. En plena bocaza negra puso la suya roja y linda, como si una flor de *ceibo* se hubiese posado en un trozo de cieno.

Tuyá entonces enseñó su tejido a la bella Potí. Con manos hábiles y gusto exquisito, trazó la más delicada y vaporosa de las urdimbres, policroma como el arco iris.

Fué así cómo, comprado con el beso de una de ellas, tuvieron las mujeres guaraníes el llamado tejido de *ñandutí*.

URUTAÚ. — Del *urutao*, o por mejor nombre *urutaú*, dice Daniel Granada en su *Vocabulario Ríoplatense:*

Ave nocturna, de un pie y pico de longitud y de color pardo acanelado con mezcla de negro y oscuro. Particularízalo su modo de gritar entre mofador y melancó-

lico: prolongado y lúgubre clamor, que termina semejando una carcajada.

Permanece, mientras el astro del día alumbra, oculto. Sale de noche, sin apartarse de la orilla del río o arroyo en cuyos montes o barrancas tiene su vivienda. Busca un árbol seco, y a la falta de árbol muerto, una palmera u otra planta de escaso ramaje y hojas. Posado en uno de sus gajos y arrimado al tronco, permanece largas horas, quieto, inmóvil, mirando fijamente a la luna, o levantada la cabeza al cielo, si la luna ha desaparecido, y exhalando, de tiempo en tiempo, sarcásticos alaridos que hacen estremecer. Parece la representación del infortunio que, en las tinieblas de la noche, solitario, eleva el alma contemplativa...

Y Félix de Azara, que con tanta penetración y paciencia ha estudiado la fauna y la flora de la región misionera guaranítica, nos lo presenta así:

La mucha luz les ofusca, y de día se levantan de muy cerca para volar poco trecho baja y horizontalmente, y dejarse caer de repente como cuerpos perdidos plegando

las alas, donde no es fácil verlos; porque sus colores difieren poco de la tierra o pasto donde caen, y se mantienen como pegados sin enderezar el tarso. Sólo buscan el alimento con el crepúsculo y la luna, volando con mucha facilidad y poca elevación para pillar los insectos, variando con frecuencia de dirección...

El *urutaú* es un pájaro muy difícil de hallar por lo bien que sabe ocultarse; óyese su lamento y no se le ve; por ello muchos lo tienen por pájaro fantasma y le atribuyen mil excelentes cualidades, como a ave misteriosa: la de preservar la pureza de las doncellas, por ejemplo, o la de que sus plumas — como las del *caburé* — sirvan para fabricar talismanes, excelentes para el amor sobre todo; y carta amatoria que se escriba con pluma de *urutaú* es infaliblemente respondida con beneplácito.

Tantas son las condiciones sobrenaturales que se le atribuyen al *urutaú,* que hay quien ha llegado a darle la del *ave fénix:*

Dice alguno que aún quebrándole alas y huesos por la noche, al otro día amanece sano.

Justo era que sobre un pájaro cuya melancolía hiere la imaginación popular, se tejieran leyendas misteriosas que le atribuyen un origen humano.

VIUDA LOCA. — Por los ríos y arroyos del litoral ambula esta inquietante ave. Es una especie de cisne o de pato, pues de ambos tiene; negra, de largo cuello, y a la que popularmente se la designa con el nombre de *viuda loca*. No se podía dar mayor justeza para designarla.

Esta ave, a más de ser negra — y de ahí el porqué se llama *viuda* — nada como en perenne inquietud: se zambulle, levanta la cabeza mirando con ojos redondos como poseídos de angustia, estira su largo cuello, y vuelve a zambullirse para aparecer a algunos metros de distancia, inquieta siempre, desazonada. De ahí su nombre de *loca*. No se la puede mirar sin sentirse poseído

de la inquietud que la mueve. Produce, en efecto, la impresión de que ha perdido el timón de su organismo motor y que, casi por actos reflejos, se precipita y nada.

La fantasía popular, pronta siempre para convertir en poesía todo lo que la hiere, ha creado su leyenda a la inquietante ave. ¿La leyenda es popular o yo la he imaginado? No me animaría a adjudicarme su creación sin caer en el albur de ser acusado por plagio.

Esta ave, como en tantas leyendas míticas, fué una hermosa doncella. Blanca y rubia, era amada y feliz. Poseía todas las virtudes, pero era veleidosa en extremo. Se le ocurrían a veces los más locos caprichos, y no se calmaba hasta lograrlos. Su capricho le fué fatal.

Una tarde, dice la leyenda, estaba con su bien amado a la orilla de un río. Se le ocurrió de pronto que él debía tirarse al agua, vestido; y, para obligarlo, se quitó una sortija y la arrojó a la corriente.

De seguida tiróse al agua su enamorado; pero no volvió más a la superficie.

A ella la recogieron de noche ya, desmelenada, enloquecida de dolor. Estuvo a la muerte; salvó empero, mas a cambio de su razón. Vistió de luto la loca, y como un espectro, íbase a la orilla del río a pasearse por ella esperando al desaparecido, llorando y llamándole.

Al fin *I-Yara* tuvo compasión de la desventurada, y tomando la figura de un flamenco, que es su forma habitual de presentarse a los humanos, aparecióse a la infeliz, y le prometió que hallaría a su amado debajo de las aguas. Para ello la convirtió en una ave negra; y por eso es que esta ave, va así nadando precipitadamente, zambulléndose, escrutando con nerviosa ansiedad: Busca al desaparecido, al que se ahogó por satisfacer un capricho suyo, capricho de mujer coqueta.

Quizás los comarcanos vean en esta *viuda loca,* una ejemplificación ética: En ella se castigó la frivolidad.

VOCABULARIO DE LAS VOCES ABORÍGENES CONTENIDAS EN ESTA OBRA

ABATI. Maíz del agua o nariz del indio. De *aba:* indio y *ti:* naríz.

ACÁN: cabeza.

ACHIRA. Planta propia de parajes bañados por las aguas.

AGUAPÉ. Planta acuática, camalote.

AGUARÁ: zorro.

AGUARÁ GUAZÚ: zorro grande.

AGUARAIBÁ. Arbol de Misiones. En la región de los quichuas se le llama *molle.*

ANGA: alma.

ANGUAY: copal. El vocablo *anguay* quiere decir: yo destruyo.

ANGUAY GUAZÚ. Arbol frondoso y aromático, conocido también por *bálsamo del Brasil* o *árbol del hechicero.*

AÑÁ: Diablo.

ARA BERÁ: relámpago.

ARAÍ: nube. De *ara:* cielo e *í,* diminutivo de *miní:* chico. Por deducción, entonces, nube es un pequeño cielo.

ARARACA: guacamayo.

BOIGHE (voz araucana): canelo, árbol sagrado.

CAÁ: yerba mate.

CAÁ PÓRA. Fantasma de los bosques. Admite el proteísmo, y se presenta en las más diversas formas.

CAÁ YARA. Deidad. Dueña de la yerba.

CÁBA: avispa.

CABURÉ. Ave de rapiña, llamada también *Rey de los pajaritos.* Véase el APÉNDICE.

CAÍ: monito.

CAICOBÉ (bot.): sensitiva.

CAPIBÁRA: carpincho.

CARÁI PAYÉ: mago.

CARÁU. Ave nocturna.

CARAYÁ. Mono grande, selvático.

CEIBO (*zuiñandi* en quichua). Arbol que en primavera se cubre de largos racimos de aterciopeladas flores de hermoso color escarlata, henchido de miel el cáliz.

COCA (*kuka* en quichua). Pequeño arbusto cuyas hojas poseen una propiedad fortificante, excitadora como las del café o del té. Empleadas con exceso, producen la anestesia de las mucosas del estómago y ahuyentan el hambre. En el imperio incaico, raro era el indio que no las masticaba,

especialmente los *chasquis;* y merced a ella seguramente, podían realizar tan grandes carreras. Los paisanos del noroeste argentino aún conservan la costumbre de *coquear,* como ellos la llaman.

CUÑÁ MOROTÍ: mujer blanca.

CUÑÁ PAYÉ: adivina.

CUÑÁ - TAÍ: joven, moza.

CURIYÚ. Anaconda: especie de boa gigantesca que vive a orillas de los ríos. Ver el APÉNDICE.

CURUNDÚ. Coleóptero; especie de avispa salvaje y solitaria.

CURUZÚ: cruz.

CHAHÄN. Ave zancuda. Deducido de *yahá,* su grito. Se castellanizó: chajá.

CHANÁ. Indio salvaje de los alrededores de la laguna Iberá.

CHERRUFE (voz araucana). Mito astral, el aerolito.

CHICHA (*asua* en quichua). Bebida preparada mediante la fermentación del maíz. Hacían también chicha de *molle.*

CHORORÓ. Ruído que produce la caída del agua.

EHÍRA: miel de abeja.

EL - LAL (voz tehuelche). Mito cosmogónico, creador del cielo y de la tierra.

GOSCHGUE (voz tehuelche). Gigante mitológico.

GUA-Á. Véase *araraca.*

GUARANÍ. Aborígenes cuya generación, diversifi-

cada en innumerables parcialidades, se extendía desde el Río de la Plata hasta el Orinoco.

GUARIBAI. Contracción de *aguaribai* o *aguaraibá.*

GUABIRÁ. Arbol grande, de hojas aovadas con una espina en el ápice, y de fruta amarilla del tamaño de un níspero.

GUAYCURÚ. Indio de la selva chaquense.

GUAZÚ CAÁ: yerba del venado.

GUAZUTÍ: venado del campo.

GUIRAHÚ: mirlo.

GUIRA PAYÉ: mochuelo. Llamado también *tingazú* o *pájaro hechicero.*

HUANACU (voz quichua). Especie de llama montés.

HUAYRAPUCA (voz quichua): viento colorado. De *huayra:* viento y *puca:* colorado.

HUECUVÚ (voz araucana): Diablo.

HUIYUCHE (voz araucana). Aerolito pequeño.

IBERÁ. Gran lago de la provincia de Corrientes, de ciento cincuenta leguas de circunferencia. Está aún inexplorado.

ICIPÓ. Liana, enredadera, planta de tallo voluble.

I CUÑÁ PAYÉ: Hechicera de las aguas.

IGUANA. Especie de lagarto grande, de color verdoso manchado de amarillo.

INAMBÚ: perdiz.

INTI (voz quichua): sol.

IPACAÁ: gallineta.

I-PÓRA. Fantasma de las aguas, duende negro y lúbrico, persecutor de vírgenes.

IRUPÉ: Victoria regia o lirio acuático. La extraordinaria belleza del *irupé* produjo tal admiración al célebre botánico húngaro Tadeo Haenke, que hincóse de rodillas en acción de gracias hacia el Supremo Hacedor.

ISARAKÍ: turbulento.

ITAGUÁ (zool.): armado.

I-YARA. Deidad. Dueño de las aguas.

IZAPÍ. Arbol que durante el verano despide de sus hojas un copioso rocío.

KACUY (voz quichua). Véase *urutaú*.

LEMBÚ: escarabajo.

MACHI (voz araucana): adivino, curandero.

MACHITUN (voz araucana). Curación por magia.

MAINUMBÍ: colibrí o tominejo. También es conocido por picaflor o *tente en el aire*.

MAUKAUHAY: Mensajero de las almas.

MBAÉ POCHÍ: espíritu enojado.

MBÓI. Víbora, serpiente ofidio.

MBÓI CHUMBÉ: serpiente de coral.

MBÓI LORO: viborita verde.

MBÓI ÑARÓ: víbora brava.

MBURUCUYÁ: pasionaria o pasiflora.

MEULEN (voz araucana). Espíritu menor, el torbellino.

MINUÁN. Indio habitante de las provincias de Entre Ríos y Corrientes.

MOCOVÍ. Indio de la selva chaquense.
MOLLE (voz quichua). Uno de los nombres del turbinto. Véase el APÉNDICE.
MOROTÍ: blanco.
NALIADIGUA. Arbol mítico.
NOSJTHEJ (voz tehuelche). Genio destructor, padre de *El-Lal*.
ÑACURUTÚ: buho, lechuzón.
ÑANDÉ YARA: Nuestro Señor. Ver en el APÉNDICE: *Tupá*.
ÑANDURIÉ. Víbora pequeña y muy venenosa.
ÑANDUTÍ. Primoroso tejido imitando el de cierta telaraña.
ÑARÓ: bravo.
ÓGARAITIG (zool.): hornero.
OSUNUNÚ: ruído de trueno.
PACHACAMAC (voz quichua): Dios.
PACHAC COILLATICA (voz quichua): arco iris.
PANAMBÍ: mariposa (diurna).
PAYÉ: talismán.
PECARÍ. Especie de cerdo salvaje.
PÉGCOÉ: profundo.
PIRAÚ: pez negro.
PIRÍ: junco.
PITÁ: rojo.
PORÁ: lindo, hermoso. También es la corporización de un *anga:* alma, ánima (*póra*).
POTÍ: flor.

PUMA (voz quichua). Mamífero carnicero de América.
QUILLA (voz quichua): luna.
RUBICHÁ: jefe.
RUNA-UTURUNCO (voz quichua): tigre-hombre. De *runa:* hombre y *uturunco:* tigre.
SALAMANCA. Cueva encantada.
SARANDÍ. Arbusto que se cría en las márgenes de los ríos.
TACÚ: algarrobo. Según los botánicos, vive más de doscientos años.
TAGÜATI: gavilán.
TALA. Arbol espinoso y de buena madera.
TAPERIBÁ. Planta de excelentes propiedades curativas. De *tape:* camino, e *ibá:* fruta.
TAPÍ CAÁ: yerba del tapir.
TEHUELCHE (voz araucana). Aborigen del sur de la Patagonia.
TINGAZÚ. Ave de mal agüero. Véase *guira payé.*
TUICHÁ: grande.
TUPÁ: Dios.
TUPÁ ÇÎ. Madre de Dios, la Virgen.
TUYÁ: anciano.
TUYUYÚ: cigüeña.
URUBÚ. Especie de cuervo.
URUTAÚ. Ave nocturna, conocida también por pájaro fantasma.
YACARÉ: caimán.
YAÇÎ: luna.

YACÎ YATERÉ. Pájaro de la región misionera.
YAGUARETÉ. Tigre americano; también se le conoce por *jaguar*.
YAGUARETÉ ABÁ: hombre-tigre.
YAGUARÚ: tigre del agua.
YARARÁ. Víbora muy venenosa y brava, alcanza a metro y medio de longitud.
YUAPECA: zarzaparrilla.
ZÚPAY (voz quichua): Diablo.

PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS

AMBROSETTI JUAN B.: *Materiales para el estudio del folklore misionero.* Revista del Jardín Zoológico. Buenos Aires, 1893.

AZARA FÉLIX DE:

1. *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata.* Madrid, 1802.
2. *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata.* Madrid, 1802 - 1805.
3. *Viajes por la América Meridional.* Madrid, 1923.

BARCO CENTENERA MARTÍN DEL: *Argentina y Conquista del Río de la Plata.* Reimpresión facsimilar de la primera edición de Lisboa, 1602. Buenos Aires, 1912.

BERTONI MOISÉS S.: *La civilización guaraní.* Puerto Bertoni, 1922.

CHARLEVOIX PIERRE JAVIER: *Historia del Paraguay.* Madrid, 1912 - 1916.

FARIÑA NÚÑEZ ELOY: *Mitos guaraníes.* Buenos Aires, 1926.

FERNÁNDEZ JUAN PATRICIO: *Relación historial de las misiones de los indios que llaman chiquitos del Paraguay.* Asunción, 1896.

GRANADA DANIEL:

1. *Reseña histórico - descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata.* Montevideo, 1896.
2. *Vocabulario ríoplatense razonado.* Montevideo, 1890.

GUEVARA JOSÉ: *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.* Buenos Aires, 1882.

HERNÁNDEZ PABLO:

1. *Misiones del Paraguay. Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús.* Barcelona, 1913.
2. *El extrañamiento de los jesuítas del Río de la Plata y de las misiones del Paraguay.* Madrid, 1908.

LISTA RAMÓN: *El territorio de Misiones.* Buenos Aires, 1883.

LOZANO PEDRO:

1. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán.* Buenos Aires, 1873 - 1875.

2. *Historia de las revoluciones de la provincia del Paraguay.* Buenos Aires, 1905.

MARTÍNEZ ALFREDO T.: *Orígenes y leyes del lenguaje aplicado al idioma guaraní.* Buenos Aires, 1916.

MURIEL DOMINGO: *Historia del Paraguay,* desde 1747 hasta 1767. Traducida del latín por Pablo Hernández. Madrid, 1918.

NÚÑEZ CABEZA DE VACA ALVAR: *Relación de naufragios y comentarios.* Madrid, 1906.

OBELAR RAIMUNDO D.: *Vocabulario guaraní.* Asunción, 1914.

PASTELLS PABLO: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay.* Madrid, 1912 - 1923.

ROJAS ACOSTA NICOLÁS: *Diccionario de la lengua guaraní.* Resistencia, 1918.

RUI DÍAZ DE GUZMÁN: *Argentina. Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1882.

RUÍZ DE MONTOYA ANTONIO: *Arte, Vocabulario y Tesoro de la lengua guaraní.* Leipzig, 1876.

SÁNCHEZ LABRADOR JOSÉ: *El Paraguay Católico.* La Plata, 1910.

SASTRE MÁRCOS: *El Tempe Argentino.* Buenos Aires, 1895.

SCHMIDEL ULRICH: *Viaje al Río de la Plata.* (1534 - 1554). Buenos Aires, 1903.

TECHO NICOLÁS DEL: *Historia de la provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús.* Versión del latín por Manuel Serrano y Saenz. Madrid, 1897.

TORRES LUIS MARÍA: *Los primitivos habitantes del delta del Paraná.* Buenos Aires, 1913.

XARQUE FRANCISCO: *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay.* Pamplona, 1687.

ZEBALLOS ESTANISLAO S.: *Los guaraníes.* Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Buenos Aires, 1881.

ÍNDICE

	Página
Introducción	9
La Azucena del Bosque	41
La Paloma de la Puñalada	49
Caá	59
La Yedra	71
El Hornero	79
El Mburucuyá	87
Isarakí	99
Acán-Pitá	111
Guabirá	121
Pirí	133
Icipó, Ñandurié y Aguapé	143
El Payé	153
Izapí	167
El Irupé	177
El Maíz	187
El Nuevo Ser	195
Apéndice	203

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EN LOS TALLERES DE MERCATALI
EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1929

F 2230.1 .F6 M83
Morales, Ernesto, 1890-1949.
Leyendas guaranbies

F 2230.1 .F6 M83
Morales, Ernesto, 1890-1949.
Leyendas guaranbies

DATE DUE	BORROWER'S NAME

DEMCO